

## LA IRONIA DE VIVIR

Jairo León

1

Las manos mostraban el cansancio de las venas donde los pinchazos hipodérmicos inyectaron, durante veinte años, los últimos alientos de su existencia. Después de dolorosos intentos estiraba los dedos y agarraba las puntas de la ruana para espantar el frío de los amaneceres que le calaba el tuétano de los huesos.

La mirada de Felisa daba vueltas en el remolino de la nostalgia cuando los párpados removían los recuerdos de convivencia en el abismo de su soledad.

Mesías se acercó a su madre para confirmar si estaba dormida. Colocó sus manos sobre la cabeza y la peinó con los dedos que hacían de peineta para desenredar el cabello largo y encanecido de la progenitora.

¿Quiere agüita de canela para que se caliente un poquito, mami?  
Sí, por favor, y agréguele azúcar para subir la tensión y quitarme el frío un poco.  
¿A qué hora se fueron los vecinos? La música estaba muy dura, Mesías.

Mamá, en esta casa hace más de veinte años no se hace una fiesta. Sumercé sueña todas las noches con la música que bailaba cuando joven y, acá, no se prende el equipo de sonido, ni siquiera, por equivocación.

Necesito que se tome el agua de limonaria para que se tranquilice y va soplando con cuidado, ojalá, de sorbo en sorbo. La subí caliente para que apriete el pocillo y se le calienten las manos. No se le ocurra hacer lo mismo de la semana pasada cuando el agua panela cogió por el camino viejo y se atoró por ser terca. Acuérdense que me tocó correr por las escaleras para darle sus palmadas en la espalda y evitar que se ahogara por sus porfiadas que, siempre, terminan en pendejadas raras.

¿Mijo pone la canción que me gusta escuchar en los diciembres?  
¡Ay mamá, no me pida esas cosas en los días de semana santa!

No sea malito conmigo, Mesías, quiero bailar un poquito. Acuérdense que la letra dice al comienzo “Me llaman me llaman el huerfanito... y por allá al final... Yo no tengo padre, yo no tengo madre, no tengo dinero, mucho menos quien me quiera”. Sígale la cuerda a su mamá porque amanecí contenta y quiero disfrutar cantando con mis canas al aire.

Felisa trataba de mover su pequeño cuerpo en la silla festiva de su memoria, mientras, se cubría con la manta de sus tejidos escondidos.

Mesías, el hijo compasivo, le acomodó una pequeña grabadora sobre las piernas, aumentó el volumen de la música predilecta de la madre y le preguntó qué blusa y con qué color prefería lucir los zapatos nuevos del regalo de cumpleaños.

Madre, prepárese para el baño y póngase feliz porque le voy a echar champú y el acondicionador que le fascina. Antes de las once de la mañana debemos estar listos para salir otro rato al patio y aprovechar el sol que, por fin, está mostrando la cara este mes.

Felisa acariciaba la alegría cuando la llevaban al prado de la casa a calentarse y, después, pedía que la subieran al carro de color rojo para recostarse y seguir en su acostumbrado letargo.

Llevaba cuatro lustros confinada en su propia casa. Ocurrió, después, de los sombríos años de crianza de sus hijos y el férreo convivir con el marido.

Los rayos del sol recibidos en los ratos de distracción desgranaban las lágrimas que corrían por las mejillas pálidas cuando, la lejana memoria, acudía a la celda de sus recuerdos.

Madre, llegó la hora de aplicarle la crema humectante para secar las costras de la espalda, que ahora, aparecen en todo el cuerpo y, sospecho, que el asunto radica en que está durmiendo del mismo lado. Tocaré estar pendiente y darle la vuelta para que no se siga despellejando porque tiene unas partes desolladas y se ven en carne viva.

Ya es hora de dormir y tomarse las pastillas para el dolor en los músculos. Por fortuna, en las últimas noches no ha mojado la cama y no le voy a poner el pañal doble, pero, si se orina, lavo el impermeable por la mañana. Mami descanse y, ojalá, no se desvele oyendo la música que no existe sino en su cabeza y, le comento, que mañana salgo temprano a encontrarme con mi papá para ir a una misa que ofreció al Milagroso por el aumento de las ventas en el último mes.

Por favor, me espera en la cama para desayunar. A las ocho de la mañana estoy de regreso y no quiero encontrarla en el suelo, otra vez, con la cara raspada por no escuchar lo que se le dice.

Las citas de los hijos se cumplían con puntualidad para evitar los regaños y no contrariar las órdenes impuestas, según, la rígida voluntad paterna.

La subida es una pendejada y, a buen paso, se llega en una hora. Aprendan a ser machos y caminen rápido lacras o piensan ser zánganos toda la vida. -Gritaba Denario a sus hijos-, en el ascenso a la iglesia del Milagroso caído.

Papi, -dijo Mesías- cuando nos quedábamos solos en la cocina con la abuelita Resignación le preguntaba por qué era tan callada y nerviosa, pero, siempre se ponía a llorar, sin decir nada. Una mañana me sirvió un tinto, se sentó a mi lado, me abrazó y, sin preguntarle, me dijo que lo que había sufrido en la vida no estaba escrito en ninguna parte.

Me ofreció más tinto con una mogolla y sollozando me contó que al abuelo le aguantó todo el maltrato que se le había dado la gana y, además, cuando tenía un peso en el bolsillo llegaba borracho a darle puños, patadas y le lanzaba lo que tuviera cerca, sin importar, si le rompía la cabeza o la cara. Me dijo que no sentía los golpes ni el dolor hasta unas horas después porque el peor susto era verlo tirado en el suelo con la jeta abierta echando babaza y gritando groserías. Ella me agarró las manos y bajando la mirada entre suspiros profundos, repetía que, por tanto, sufrimiento era así, pero, por ser cosas de Dios, estaba obligada a permanecer a su lado como le había ordenado el sacerdote en la iglesia.

Eso es cierto, -respondió Denario- mi mamá pasó la vida metida en la cocina haciendo la mazamorra para los diez que estábamos chiquitos y para los perritos con los que jugábamos y convertimos en los únicos juguetes de la infancia.

¿El abuelo les pegaba a ustedes?

Él tenía un zurriago con el que nos hacía salir sangre cuando se le desobedecía o medio se le alzaba la voz. Mi mamá no se metía porque, también, le cascaba por desautorizarlo delante de los hijos.

¿En esa casa quién les ayudaba a hacer las tareas?

¡Este chino es medio bobo! Las tareas las cumplía cada uno. Su tío Zacarías por ser el mayor de todos ayudaba a cargar los bultos, ordeñar a las cinco de la mañana, llevar el agua de la quebrada para cocinar, lavar la loza, la ropa y otros oficios. A los pequeños nos levantaban un poco más tarde a pelar las papas, barrer el patio, regar las matas y espantar con la escoba los animales que se metían a la cocina a picar en los rincones cualquier insecto que encontrarán.

Papá, estoy preguntando por las tareas donde estudiaban no por los oficios que les tocaba hacer en la casa. -Dijo entre risas-

La escuela de la vereda donde estudiamos estaba lejos y en el año asistíamos muy poquito porque no se tenía dinero para comprar los útiles y, menos, los uniformes. Tocaba quedarnos en la casa y, personalmente, nunca pude ni me gustó el estudio. Quería trabajar en lo que saliera para ganar dinero y ayudar para la comida en la casa. Sus tíos y tías estaban chiquiticos y para comer no alcanzaba lo que mi papá se ganaba sembrando unas cargas de papa y, uno que otro, ternero que vendía en la plaza del pueblo cuando había ferias.

Ya vamos en la última curva para llegar a la iglesia y me siento a descansar antes de la misa -les dijo Félix-, el mayor de los hijos, a su papá y hermanos.

Este huevotibio no parece ser un Camacho. Está igualito a su mamá que no sirve para nada y, rejo es lo que necesita para que aprenda a hacer bien las cosas y deje esa flojera.

Papá cualquiera tiene derecho a cansarse, -contestó Félix en voz baja- agarrándose la barriga con las dos manos.

Pídale a Dios que se le abra esa cabeza, -contestó iracundo el padre- para que deje de ser tan dormido o me va a salir con el cuentico ese que se volvió ateo.

Acuérdense que son veinte misas las que se pagaron para cumplir la promesa y llevamos quince o, ustedes hijos, están creyendo que mi plata no vale. Dentro de dos meses vamos a cumplir la promesa al señor de los milagros de Buga. A él se le ofreció una visita para que bendijera el otro negocio.

¿Nos bajamos en el teleférico? Me estoy sintiendo mal y no es por flojera como dice mi papá que, ni siquiera, saliendo de misa deja de echar vainas. Está convencido que nadie se puede enfermar y, ahora, siento mareo, dolor de cabeza y escalofrío.

¡Ah, chino desgraciado! Siempre de respondón y llevando la contraria, pero, bueno, vamos a comprar las boletas para darle gusto al niño. Mesías tome este dinero y, primero, pregunte cuánto valen. Cuente bien la plata y no se deje tumbar.

El hambre madrugaba en la casa de Denario. El llanto de los niños pidiendo un bocado y los gritos del macho del hogar opacaban el trino de los pájaros, el ruido del viento de la montaña y el aullido de los perros. Una taza de aguapanela hirviendo con un pedazo de mogolla, aplacaban los lamentos intestinales de la prole en expansión.

Los hermanos mayores no tuvieron tiempo para la imaginación en el corral de los oficios donde el humus de la miseria nubló los sueños y aprisionó el afecto. La niñez correteó lejos del aroma de la ternura y entre tropezones y hambrunas aprendieron que la vida es una cadena de eslabones amarrados por los fantasmas del resentimiento.

Cuando Denario compró su primer televisor, en blanco y negro, escuchó palabras que no tenían sentido en el diccionario de sus propósitos. Las palabras amor, afecto, cariño, ternura, respeto, diferencia, pertenecían al mundo de las telenovelas que veía por las noches para dormirse pronto y, luego, soñar con una boca redonda de tanto pronunciar la palabra oro.

El maltrato constante con golpes en los brazos, piernas y los horribles coscorriones precipitó su salida del hogar antes de cumplir los diez años. Llegó a un lugar lleno de latas, escombros, fierros y toda clase de desechos materiales con los que aprendió a convivir mientras encontró una sombría habitación que alquiló unas semanas después de abandonar, para siempre, las cuatro paredes de adobe que lo abrigaron en su nacimiento.

Una pequeña caja de cartón amarrada con una cabuya guardaba las pocas mudas de ropa que la madre lavaba en las aguas de la quebrada cercana a la casa paterna y, ella misma, todos los sábados, la llevaba hasta el pueblo donde se hospedaba Denario, buscando las esquivas esperanzas de un presente escondido entre el yermo de los días.

Denario encontró trabajo en un lavadero de carros donde se ganó el aprecio de los dueños que admiraban su entusiasmo en los oficios asignados, según, las circunstancias. Aprendió a restregar las latas con rapidez para polichar los vehículos que observaba con atención y, así, a los pocos meses, distinguió sus marcas, modelos de fábrica y charlaba con los dueños que esperaban sentados en una butaca, mientras, se les entregaba la nave aspirada, lavada, grafitada y lista para lucir en las polvorientas calles del pueblo.

Don José, buenos días, tómese un tintico. ¿Qué pasó con la nave que no la veo? - preguntó, Denario.

Me vine caminando para calentarme los huesos un rato. ¿Dónde está su patrón, el Alcibiades?

No sé don José. Seguramente se jartó sus pocholas anoche y estará tomándose su caldito de papa con costilla que, según dice, lo deja listo para seguir la otra.

Mijo, Denario, venga para acá un momento.

Ya voy don José, tengo que exprimir la bayetilla para que no le queden motas a las latas porque al cliente hay que mandarlo satisfecho para su casa y, lo más importante, para que vuelva.

Transcurridos cinco minutos, el joven se sentó cerca de su amigo y secándose las botas de caucho con un pedazo de bayetilla, en voz baja, expresó el temor de la posible aparición del patrón porque, insistió, si nos encuentra conversando y viene enguayabado me despacha con una tremenda vaciada.

De eso le voy a hablar mijo. Con él nos conocemos hace muchos años y le respeto su mal genio. Cuando se le salta la piedra el hombre es muy humillativo con sus colaboradores y con el que se le atravesase por el camino. Denario, esta charla no puede salir de nosotros y, por favor, confío en su palabra.

Don José le doy mi palabra y, créame que, mi boca será como una tumba.

Mijo, ¿se quiere ir a trabajar a otro lado, a buscar otro oficio donde aprenda algo mejor que estar lavando carros y le sirva para ganarse la vida sin que nadie lo esté pordebajando?

Los ojos de Denario se abrieron con tanta sorpresa que don José entendió la respuesta.

¡Virgen santa don José!

No puedo ser desagradecido con el patrón, pero, de verdad, le he aguantado muchas humillaciones y, usted sabe, que la necesidad tiene cara de perro y, como dicen por ahí, por la plata baila el perro. Dígame que hay qué hacer y no lo pienso dos veces.

¿Se quiere ir a trabajar conmigo en el almacén?

De un don José. ¿Cuándo quiere que empiece? ¿Quiere que le renuncie hoy al patrón?

Denario, pienso que se debe esperar unos días porque es mejor evitar líos con Alcibíades. Acuérdesse que los dos no hemos hablado porque no quiero aparecer como aquél que lo sonsacó del trabajo. Lo mejor es empezar dentro de quince días que es primero del mes y, poco a poco, le va contando que se quiere ir porque está buscando otras oportunidades para no quedarse toda la vida lavando carros que ni siquiera son suyos. Así que no se diga más y recuerde que por aquí no me han visto pasar. Lo espero con mucha energía como las baterías nuevas.

3

En pocos años, Denario, aprendió todo lo relacionado con el nuevo oficio. Barría, trapeaba, limpiaba la mercancía con esmero y la clientela quedaba satisfecha con la atención de aquel niño que mostraba las ganas de trabajar y, aunque mal hablado, trataba de expresarse con fluidez.

La adolescencia lo sorprendió con algo de billete en sus bolsillos. Visitaba las zonas del pueblo donde estaban ubicadas las casas de lenocinio y entre botellas de cerveza y música de despecho fue formando su carácter.

En aquellos lugares de regocijo escuchó lo que las escuelas de los bajos fondos pueden enseñar. La lección que, durante años, recitaba al pie de la letra en el trasegar de la vida, la aprendió en las noches de lujuria con las mujeres que vendían su cuerpo para sobrevivir, sometiéndose al testarudo placer de los clientes por unas lisonjas de dinero.

Entendió, aquellas noches, que con el billete se compraban cuerpos y se adelgazaban las conciencias. Las damiselas le enseñaron que el tiempo tiene un precio y, así, el oficio más antiguo de la humanidad era convertir el polvo en oro que, luego, se ponía a circular en el mercado para obtener una ganancia como cualquier mercancía, pero, con los años de uso y de muchas manos, el valor se depreciaba.

Denario, obediente y disciplinado, acudía al trabajo antes de las ocho de la mañana cuando el comercio abría las puertas para atender al público. Los fines de semana mantenían un encuentro con la damisela más reconocida en el barrio de las tentaciones corporales. Ella tenía el remoquete de La Tortuga por su cuerpo abultado y rellenito que mostraba un cuello recortado, casi pegado, a una cabeza poco visible al caminar. Pese a la injusticia corporal, en varias ocasiones, se agarró a las trompadas con sus compañeras y, logró, ser temida por los golpes contundentes que propinaba en el rostro de aquellas que se interponían en sus conquistas masculinas.

Un sábado en la tarde, junto a La Tortuga, con botellas de licor y huesos de pollo regados entre las cobijas que abrigaban los ácaros de la frivolidad de aquel hotelucho donde corría a borbotones el placer, Denario, le insinuó que le contara porqué se desempeñaba en ese oficio y porqué siendo tan joven llevaba tantos años ejerciéndolo.

Mijo, la vida es muy bella y toca gozarla porque un día, no se sabe cuándo, una se muere y no se lleva nada, ¿cierto mijo? -Respondió con acento paisa y resbalado- La Tortuga. ¿De verdad querés saber de mi vida? Vos estás muy interesado en mi pasado y, yo quiero, olvidar esa historia que es una vaina muy verraca. Para qué contar tristezas que me hacen llorar y, lo peor, tirarme el rato. ¿Vas a pagar toda la noche? ¿Tenés mucha plata?

Ay, juemadre, -gritó saltando en la cama-. Estoy con un millonario y, con esa ropa que se viste, una creyendo que es un pobre diablo. Sírvame otra ginebra que me quiero emborrachar y, entonces, mañana desayunamos con tamal, caldo de costilla y chocolate para recuperarnos.

¡Que viva esta noche y que viva mi rey y que viva la reina de las tortugas! -Exclamó mientras destapaba la botella de ginebra-. Vení, dame la mano, tomemos un sorbo del trago de mi vaso y yo del tuyo en señal de fidelidad esta noche porque, por las otras, no respondo cuando se acabe la plata mijito.

¡Pará oreja pues si querés saber mi historia! ¿Por dónde empiezo por la mala o por la buena? Comencemos por la buena que, supongo, es de buena energía. -Dijo Denario-.

¡Oí a este guevón, cual buena energía ni qué carajo! ¡Vos creyendo en eso!

La energía es esa plata que recibo por dejarme enchufar mijo, esa es la batería que da billete y dejá de pensar en pendejadas, en otras palabras, aprendé que una persona vale por lo que tiene no por lo que piensa. Así de fácil es el asunto y memorízalo bien muchachito mocosito que está empezando a vivir. Denario no perdía ningún gesto, la miraba con estupor y escuchaba las palabras sabias de aquella mujer que no se mareaba cuando giraba el mundo. Se frotaba las manos con alegría por la enseñanza y, levantando el brazo, agitaba el vaso de ginebra para seguir brindando por la escuela de la noche. Tortuga hermosa no me embolote la historia, mejor dicho, empieza por donde quiera, pero, ojalá, antes de quedarnos dormidos.

Vea pues, cómo dijiste que te llamabas, perdóname, pero es que una a todos los clientes les dice mijo sin conocerlo.

Otra vez se le olvidó mi nombre y, la verdad, no recuerdo cuantas noches hemos compartido juntos varoncita.

¡Para que vea mijo que a vos también se te olvidan los nombres, decime pues cuál es el mío!

Desde que la conozco siempre la he llamado como todo el mundo, Tortuga, pero tampoco sé porque le pusieron ese apodo, de pronto será por lo lenta para cobrar pero que sepa, no fía nada, y todo es por adelantado o estoy mintiendo mi tortuguita adorada -le dijo con cariño mientras servía otra copa-.

¿Entonces le sigo diciendo mijo o me vas a recordar el nombre? Mi nombre es Denario Camacho y es la última vez que se lo digo.

Ay, mi madrecita, ese nombre tan horrible, con razón no lo quiere pronunciar, menos mal, no lo pusieron Sanitario que suena más bonito y... ¿cómo dijiste que era el apellido?

Camacho -respondió en voz baja- y sirvió otra copa.

¡Bueno por lo menos la última parte que funcione!

¿Cómo dijo? ¡Tortuga ofensiva!

Dije que, ojalá, del apellido le funcione el macho, la última parte, ¿Entendiste?

¡Lacra borracha! Desagradecida, -dijo en forma airada Denario-.

Vea pues, mijo ¿te ofendiste? Vos no tenés humor. ¡Huy... que macho tan aburrido!

Tan bueno que estamos pasando para que te pongás bravito. Mirá, ¿te puedo llamar mi machito? ¿O preferís dinerito en lugar de Denarito?

Como se le dé la gana, pero no me saque la piedra. ¿Usted cree que mi plata no vale? Y ...otra vez está embolatando la historia de su vida.

¡Sentate mijo y pará oreja! Mi diosito me trajo al mundo en la zona cafetera, ¿Vos conocés por allá? Nunca he salido de este pueblo. -Respondió Denario-

Por allá es muy bonito y lo mejor es el calorcito porque acá si hace un frío muy hijuemadre.

Bueno... sigo contando pues, entonces, con mi santa madre, crecimos en una finca, cerca un río donde íbamos por allá cada tres meses cuando el patrón se largaba para el pueblo a vender el ganadito que se levantaba con el poco pasto que se daba en ese peladero.

Es que mijito ese patrón era muy bravo y trataba muy mal a todos, que señor para ser tan malgeniado y al que no le cumplía su voluntad lo iba humillando y, ahí mismo, lo despedía y le gritaba que él no quería zánganos en su casa.

Servime otro trago, mi Denarito, porque resulto llorando de solo recordar la cara de ese viejo desgraciado.

Toma mi tortu. Sígame contando. ¿Quiere un poquito de soda?

No. Así solito entra mejor. -Respondió- Y contando mi vida, lo mejor, es un trago fuerte mijito.

¡Ah, que trago tan delicioso, Denarito! ¡Que viva la reina de esta cama! Bueno mijo y... entonces... ¡seguí parando bolas!

Mi madrecita tuvo diez hijos, siete mujeres y tres hombres. Llegamos todos a una finca a jornalear, a sembrar, a recoger café cuando era la cosecha. A las cuatro de la mañana, el patrón levantaba a todo el mundo, hombres, mujeres y a los chiquitines que estaban entre los tres y los seis años.

Las mujeres a moler el maíz para las arepas y a preparar el primer café para los obreros. Los hombres a arreglar las cercas, a desyerbar el monte, a preparar los surcos, a limpiar las marraneras y todos los oficios que fueran saliendo porque ese señor no podía ver sentado a nadie, cualquier cosa se inventaba para hacer y empezaba a gritar por todos los rincones que dejaran de ser crápulas que entre más vacas tenía menos leche se veía y que si alguno estaba cansado le dijera para recibir a otro porque gente necesitada sobraba en el mundo.

Lo más triste Denarito era ver a los niños. Todavía dormiditos a las cinco de la mañana y ese viejo cogía una fusta y los arriaba por la casa gritándoles que no fueran atendidos y ayudaran a hacer las cosas para que aprendieran a ser hombres desde chiquitos si querían tener algo en la vida.

¿Mi tortu y... dónde estaba su papá?

¡Mi papacito, qué hombre tan hermoso! Es al único que he querido en la vida. A todos los otros aprendí a odiarlos y a tratarlos como lo que son. Animales de la economía, con plata, que piensan que todo lo pueden hacer con su dinero. Simplemente les devuelvo con la misma moneda. A todos los veo como objeto de mis intereses.

Mi papi era muy lindo pero un día nos abandonó. Se fue a vivir con la mejor amiga de mi mamacita. Una mañana levantó vuelo y nunca más supimos de él. En esa época tenía siete años y escasamente recuerdo que era grandote con bigote y siempre usaba un sombrero blanco. Mi madre quedó criando diez hijos y todos quedamos sirviendo al dueño de la finca porque no teníamos otra manera de tener un bocado para alimentarnos.

Fue una época muy dura y de muchos sufrimientos, especialmente para mi mamacita porque el patrón todos los días la gritaba y le echaba en cara la mazamorra que nos comíamos. Ella por las noches se ponía a llorar y temblaba de miedo cuando pensaba qué iba a pasar si don Severo la echaba de la finca. Mi hermanito mayor le secaba las lágrimas y le decía: tranquila mami que pienso comprarle unas gallinas bien grandes para que ese señor no nos joda tanto la vida. Denarito, ese niño tenía diez añitos y era el que consolaba a mi madre porque los otros no entendían por qué lloraba o, por el trabajo del día, ya estaban dormiditos.

¿A vos no te parece triste? Un niño prometiendo unas gallinas grandes para que la madre deje de llorar, eso es muy tierno y hasta divertido.

¿Y dónde está ese hermano, tortu hermosa?

Mirá que cerca de la finca había una escuelita donde íbamos todos los chiquitos, dizque, a aprender a leer y a escribir pero, por allá en esos lados, se inculcaba que no era necesario estudiar para tener riqueza y eso era una perdedera de tiempo para las mujeres porque, decían los viejos, habían nacido para cocinar, lavar y atender al marido pero, si quisieran, no tenían cabeza para pensar porque desde la creación del mundo, así lo había dispuesto Dios.

¡Pará bolas Denario, abra esos ojos y no se me duerma!

Figúrate mijo que mi hermanito mayor era muy pilo y se fue haciendo amigo de un señor que manejaba el camión repartidor de cerveza en las veredas, pero el verraquito, un día no volvió de la escuela. Como mi papacito nunca más volvimos a saber de él.

¿Qué se hicieron los otros hombres?

Uno de ellos se dedicó a cargar bultos en la plaza de mercado y después se metió de ayudante de una chiva intermunicipal; el otro agarró por el camino de la droga como distribuidor y llegó a tener mucha pero mucha plata que no le sirvió para nada porque,

Mijito, la mafia que no perdona las cagadas, el día menos pensado lo mandó acribillar y, de paso, acabó con su riqueza porque todos sus bienes fueron decomisados por ser de procedencia ilegal.

Por eso, mi amor, yo si no quiero acumular nada, lo que gano me lo gasto, me lo unto, me compro mis buenas pintas y cuando la cuca se arrugue pues no sé qué va a pasar, pero mientras tanto... serví otra ginebra que me quiero emborrachar para no tener que llorar.

Claro mi tortu linda. Le dedico esa canción que está sonando en la radio, cuando la escuche acuérdesese de mí, ¿si oye lo que dice? ...Mi chacha mi chacha linda, pero cántela como mi tortu... mi tortu linda, cómo te quiero...

¡Ay mijo, -contestó Tortu- esa canción es chévere y cada rato la ponemos en el bar, pero no se tire la canción con ese tono de pollo apestado! Esa voz tan horrible me va a poner a llorar más que el recuerdo de mi vida.

Oí Denario, vos estás como muy asombrado con mi vida, no escupes una palabra y eso que no has oído lo más verraco. Prepárate pues mijito con otro brindis.

Si mi tortu linda. La escucho con atención y me acuerdo de mi niñez que, también, fue color de hormiga, pero, por favor, siga contando que me despabilé. Ya se me quitó el sueño.

¿Y qué se hicieron las hermanas?

Esa es la parte más dura. El patrón siempre nos tuvo como una mercancía y, a toda hora, gritaba que, si se quería seguir tragando en esa casa, supiéramos que nada era gratis, porque a él nunca le habían regalado nada.

A mi mamacita le decía que se fijara cómo era la naturaleza de sabia, que mirara el gallinero y entendiera que las pollas iban creciendo y el gallo siempre las esperaba hasta que les llegaba el tiempo de poner huevos y, eso sí, la que no le sirviera la iba despachando para otro corral. Que comprendiera que el maíz y todo lo que picoteaban para alimentarse y crecer sanas tocaba comprarlo de contado porque en las tiendas no fiaban un grano de arroz.

Cómo así, explíqueme porque estoy aterrado, entonces...

Así como lo oye Denario, -respondió llorando Tortuga- esa es la rabia que tengo contra los hombres. Ese viejo miserable las.... -Iba a preguntar Denario rascándose la cabeza-

Sí a todas nos violó cuando apenas íbamos a cumplir los diez años.

¿Y su mamá sabía lo que estaba pasando?

Yo creo que sí. Estando grandes supimos que la había amenazado de muerte, si algún día, se le ocurría contar y nos mataba una por una para no dejar rastro. Mi mamacita para salvarnos se fue con el secreto a la tumba. Ella murió joven y, creo, que fue de pena moral. Prefirió morir para no seguir con ese sufrimiento.

Cuando ella murió ese viejo desgraciado nos echó de la finca para que nunca se supiera lo que nos había hecho. Eso fue un domingo que habíamos ido a misa al pueblo y cuando regresamos por la tarde nos tenía la ropita empacada en una caja de cartón amarrada con una cabuya, entonces, nos reunió a todas a la entrada de la casa para decirnos que esa noche nos daba la dormida y, temprano, por la mañana cada una debía irse para donde quisiera porque ya no tenía ninguna obligación con nadie.

Ese viejo era un godo camandulero, amigote del cura del pueblo, porque le daba donaciones para las obras de la iglesia. ¡Viejo desgraciado ojalá esté ardiendo en el infierno! Todas las maldades que hizo las arreglaba a punta de plata, pero mi diosito, que todo lo sabe, sí conocía sus andanzas. ¡Por chuchito lindo que sí! Así comenzó esta vida de hombres.

Por favor, ¿Me alcanzás un papel para limpiarme estas lágrimas tan amargas, Denarito?

¿Si ves porque no me gusta contar la historia de mi vida? Porque soy así y porque aprendí a defenderme a las patadas y a pelear como los machos. Desde niña me maltrataron, nunca me dieron estudio y, la verdad, no soy tan bruta, me gusta el estudio y cuando puedo leo las noticias y cosas que encuentro por ahí. Hasta he leído unos libros de eso que llaman historia y, pienso, que si la vida me hubiera tratado de otra forma hasta sería doctora porque, si otros pueden, porque una no hubiera podido con un poquito de esfuerzo.

No crea mijito, esta vida no es fácil como dicen y piense que, a veces, me toca acostarme con unos clientes cochinos que llegan con pecueca, con chucha, pero por más borracha que esté, ese olor asqueroso fastidia y, cuando se ponen bravos, empiezan a gritar que para eso pagan y que la plata de ellos vale.

¿Todas las hermanas se metieron a trabajar en esto? -Preguntó Denario-

El hambre nos llevó a trabajar en lo que saliera Denarito. Las más pequeñitas limpiaban los pisos en casas de familia, otras vendían baratijas en las esquinas, la otra se acostaba con el que le insinuara un cariñito y le diera algo de comer y la más bonita de todas, la mayor, ya conocía el negocio por un amigo.

Ese señor era el encargado de conseguir mujeres jóvenes que les encantara la plata para comprar cosas de lujo que las hiciera sentir más importante que los demás por tener un pinche reloj o una pulsera brillante o un trapo reluciente que tapara la ranura de sus tristezas. Como ese viejo de la finca que quería tapar todas las maldades vistiendo fino, asistiendo a misa y pagando promesas a todos los santos para mostrar todo lo contrario de su ser. ¡Por fuera bonito y por dentro podrido!

¡Tortuga es tardísimo! Ah, cierto, pero tranquila, que mañana no hay que ir a trabajar. Esa historia está muy buena, pero es muy triste, dijo Denario, sirviendo otro trago de ginebra.

Dicen que puñalada en barriga ajena no duele mijito. Como al otro no le tocó aguantar hambre, humillaciones y ver morir compañeros y amigas jóvenes pues, muy bueno el cuento. ¿Cierto?

Pero... un momento Tortu, ¿Qué pasó con el amigo de la hermana que conseguía las mujeres?

Ah... se me había olvidado y es el peor de todos. Era el sargento mayor de la policía que salía a perseguir a los expendedores de narcóticos y, siempre, se robaba lo incautado para darle a las niñas y enviciarlas. Mi hermanita cayó en sus redes y terminó ayudándole en el negocio diciéndole a las amigas que la plata estaba hecha, pero tocaba buscarla con lo que Dios le había dado a cada uno para sobrevivir y que, por ejemplo, a los cantantes les había dado la voz, a otros la imaginación, a otros la fuerza bruta y a otros el cuerpo.

Entonces, si quieren comprar lo que les gusta -les decía- con esos cuerpos hermosos se ganan lo que quieran en una noche, un mes o en el tiempo que puedan porque, entiendan, que ni una doctora recibe el sueldo que cualquiera logra gozándose la vida. Al oír billete fácil y una vida llena de lujos, por supuesto, con las orejas calientes de ilusiones, muchas niñas, nos montamos en ese bus para terminar cada una en el lugar donde ya nos habían vendido.

Hablando clarito, ellos conseguían y mandaban la mercancía hacia donde habían hecho el pedido, cobraban por cada remesa y, allá, cada quien defiéndose como pueda. Así llegué a este pueblo, sin conocer a nadie y a trabajar, los primeros meses, para devolver el dinero del pasaje, el alquiler de una pieza, las primeras mudas de ropa que me facilitaron y poder comer el caldito para recuperar fuerzas y atender al siguiente cliente.

Al principio las compañeras me trataron muy bien y compartían sus cosas con mucho cariño. Ellas, también, llegaron como una mercancía en otro bus, en otra remesa a trabajar como una mujerzuela cuyo, único, medio de producción es su propio cuerpo y, como todo en la vida, un día de estos se le acaba y nadie la mira porque, claro, ninguno invierte cinco centavitos en un objeto viejo. Denarito, así es la vida y, aprenda que por más dinero que se tenga, a la cacerola de los gusanos vamos a llegar todos a la fritis mortis.

Todas las noches aprendo algo nuevo. ¿Me explico Camachito? He conocido clientes que también han sufrido en la vida y, sin probar una gota de licor, me dan consejos, me consienten y vienen porque les gusta charlar y que alguien los escuche. Son muy solos o han tenido alguna pena o están despechados o les gusta reírse conmigo porque, al parecer, nunca sintieron la necesidad de reír por estar pendientes de las ganancias del día. Muchos han perdido los hogares porque les importó más el dinero que sus propios hijos o la misma madre de ellos.

Muchos Denarito, conozco muchos clientes solos, aburridos y tristes porque su riqueza, jamás, les sirvió para ser felices. Por eso, buscan personas que los diviertan y para eso les pagan. Son hombres incapaces de dar amor, de dar una muestra de afecto y todo lo miden en dinero. En este oficio aprendí que todo tiene un precio, que los besos tienen un valor y cualquier cariñito se cobra en efectivo.

En esta celda del deseo está prohibido amar, expresar ternura porque, es sencillo comprender, el dinero está por encima de la vida afectiva y no se tejen amistades, como los políticos, me dijo una noche un cliente.

A mí Denarito, desde chiquita, me mutilaron el derecho a amar al prójimo como decía el cura en el pueblo, me adoctrinaron para que hiciera dinero como fuera porque con el dinero se compraba todo, pero ahora, con todos estos años como emprendedora sexual, pienso, que es más prostituido el cerebro de todos aquellos que han sacrificado lo bello de la vida por tener unos bolsillos llenos de egoísmo y de odios.

La noche mostraba el amanecer y Denario no se cansaba de servir y brindar trago para festejar el encuentro que empezaba a considerar como el más fructífero de toda su vida por la franqueza descarnada como contaba, La Tortuga, su propia historia y la manera de burlarse del destino.

Era la auténtica escuela nocturna con la claridad de la vida, con la sensatez de los años de una mujer adulta desde la infancia, capaz de decir lo que nadie se atrevía a revelar o a preguntarse, quizás, por la ceguera ante la realidad o, simplemente, acostumbrados a beber en los ductos ficticios de las imágenes de la prosperidad.

4

Papi tenemos que preparar el viaje a Buga -advirtió Mesías- para pagar la promesa al Señor de los Milagros. Le recuerdo que promesa es promesa y no podemos ser faltones con los intermediarios ante Dios.

Eso estuve pensando. -Respondió Denario- En estos días llega una mercancía y alguno tendrá que quedarse para marcarla. Creo que no hay necesidad de ir todos a la misa. Encárguese de convencer a su hermanito mayor que no le gusta rezar ni pedir perdón por las ofensas que comete y, mucho menos, para quitarse la pereza que lo acompaña.

Siempre le dice lo mismo papi y, de pronto, lo aburridor del paseo es tanta cantaleta y echada de vainazos porque no hace lo que usted quiere. Félix es un hombre adulto y tiene derecho a pensar lo que quiera papi. Nadie puede estar sometido a lo que le ordenan los otros sin razón alguna.

Denario lo miró con cara de sorpresa y lo recriminó. Mejor dicho, ¡otro que le va a enseñar al papá a hacer hijos! Lo único que falta en la vida es que los hijos contradigan las órdenes del taita. Esa es la influencia de su madrecita que no sirvió para nada y los acostumbró a ser unas lacras atenuadas y a sacarle el jopo al trabajo.

Dese cuenta papá, no se le puede decir nada porque se pone verraco y comienza el sermón de siempre. Cada vez que salimos a un simple almuerzo o a donde sea, empieza la cantaleta y de verdad que, a veces, es mejor quedarse tranquilo en la casa para no aguantar tantas humillaciones y jodencias, especialmente, con mi mamá que ha dedicado su vida a consentirnos y a hacer los oficios del hogar. En qué momento podía desempeñar su profesión estando nosotros chiquitos y haciendo de comer para todos en la casa. Papá ese trabajo del hogar es desagradecido y duro para que todos la culpen y le estén recordando que los bienes que se tienen los adquirió usted solo. No se ponga bravo, pero es muy injusto el maltrato y la forma como la quiere humillar.

Con cara de sorprendido y aterrado, Denario, miró a su hijo y, entre los dientes, le respondió: ¡chino desagradecido, corra a meterse entre las naguas de su mamacita y no haga nada!

Eso es lo mejor papi. Cuando le pase su malgenio hablamos y cuadramos el viaje porque, de verdad, a mí también me da pereza y, piense, que si nos vamos por carretera son como diez horas aguantando vaciadas y ni modo de charlar un rato porque todo le ofende, es decir, todo el recorrido toca dormir o hacerse el dormido para tenerlo contento.

Pero... un momento, primero, toca cuadrar lo de la mercancía -dijo Denario-, porque toca trabajar si se quiere tragar jovencito. Así que lo mejor es que dejemos todo listo y después arreglamos este asunto

porque, por lo que noto, hasta mis propios hijos son una caspa, pero, ¿A quién iban a salir? ¡Virgen santísima, ojalá esa promesa sirva también para que el Milagroso les cambie esa cabeza de holgazanes! Papi, le pido el favor, que no nos trate mal. Por respeto no le contesto nada, pero de verdad, trate de cambiar esa forma de ser. A veces uno no entiende porque quiere maltratar a todos menos a los que, de una u otra forma, se convierten en ganancia a través de cualquier negocio.

Mesías, piense que en esta vida uno es un pobre diablo cuando no tiene nada. Lo que vale es el dinero lo demás es pura mentira y eso es lo que le quiere enseñar su papá. Deje de ser testarudo. Fíjese con qué les puedo pagar esos colegios y darles de tragar un pedazo de carne para que no vayan hambrientos a, ese tal estudio, donde asisten todos los días.

Sí papá. Entiendo todo lo que dice, pero creo que eso no le da el derecho a ultrajar a todo aquél que se encuentra en el camino y, tampoco, a tratar de esa forma tan horrible a mi mamá. Piense que de todas maneras es mi mamá y, como hijo normal, le duele ver llorar a la madre por el maltrato que le dan los demás.

Bueno... bueno, dejemos ya la discusión que se está perdiendo tiempo -dijo Denario agachando la cabeza- y miremos cuándo vamos a cumplir la promesa y quién se queda marcando la mercancía. Por ahora, ayúdeme a sacar unas cuentas y vamos almorzando porque ya casi son las doce del mediodía y se embolató la mañana.

Mientras servían el almuerzo del día con los ingredientes de siempre y la misma sopa a base de harinas con un pedazo de hueso carnudo, tres o cuatro papas en una bandeja repleta de arroz, lentejas y un trozo de carne frita que se pasaba con jugo o gaseosa, Mesías, siguió en su empeño de conocer un poco más de la historia de su padre en la infancia y porqué, en esa familia, todos eran pretenciosos si, ni siquiera, habían ido a la escuela y, tampoco, pensaban más allá de tener un montón de dinero para mostrarse ante los demás.

Con la precaución que se tiene ante el temor infundido por su progenitor, Mesías, levantó la mirada y le pidió que le contara quién en la vida le había enseñado a hacer negocios y a pensar, únicamente, en ser rico sin importarle las otras cosas que hacían parte de la vida de cualquier ser humano.

Jovencito, -respondió con la boca llena de arroz- la mejor maestra que tuve en la vida fue el hambre. La lección que me daba todos los días me enseñaba la necesidad de hacer algo para sobrevivir y llevar comida a los pichones de la familia que esperaban hambrientos en la casucha porque, todavía, no tenían fuerzas para defenderse. Por eso aprendí en los salones de la pobreza oliendo la desigualdad y mirando cómo unos tiraban la comida, mientras, mis intestinos reclamaban con agudos dolores un pedazo de pan para calmar los estertores de una prolongada calamidad estomacal.

¿Los pichones que nombra son todos los tíos y tías cuando estaban chiquitos?

Sí señor, los chiquitos que vivían gritando y llorando por el hambre y los otros por las palizas que recibían de mi taita, pero, no puedo olvidar que, los que más recibimos palo y nos echaron a trabajar desde niños fue a los mayores. Por eso, a nadie le ha gustado el estudio, mejor dicho, a nuestros taitas no les interesó y a nosotros tampoco.

Después, los menores estudiaron algo de la primaria porque los tiempos cambiaron y vivían más cerca del pueblo, pero cada uno, cogió su camino y empezó a rebuscarse la vida. De las mujeres solo estudió una y ese pedazo de cartón no le ha servido para nada, ni siquiera, le ha funcionado para encontrar

marido. Las otras se casaron con vigilantes y conductores de buses que reciben un sueldo para medio sostener una familia.

Toda esa plaga son unos pobres diablos que no vale la pena ayudarlos. Pero es que, hijo, tampoco se ayudan y para completar las desgracias, una de ellas, se casó con un profesor que, dicen las malas lenguas, no les pagan el salario y viven sacando préstamos y haciendo huelga todos los meses para que les cancelen ese sueldo de miseria. A esa pobre muchachita no le pudo haber ido peor en esta vida. ¿Quién sabe qué pecado estará pagando?

Jovencito, se nos pasó la hora del almuerzo y no se ha resuelto lo de la mercancía que es lo importante. Eso con bla bla bla, no se come y nunca se saldrá de pobre. Hay que trabajar para ser alguien en la vida. O piensa ser como sus otros tíos que creen que con los libros y, a pura saliva, van a salir adelante. Pobres diablos que no tienen dónde caer muertos.

Mi papá no pierde oportunidad para hablar mal de la familia de mamá, ni siquiera, preparando un viaje para ir a rezar a Buga donde el Señor de los Milagros. ¡Qué vaina con sumercé!

5

Mientras recibía la sagrada comunión estuve pensando que, si el Milagroso me ayuda este año, voy a cambiar el carro por uno que demuestre quién soy y me respeten a donde llegue- le dijo Denario a su hijo en el camino de regreso de Buga- porque por la nave se conoce el conductor.

Comuníquese con su hermanito y pregunte cómo van las ventas. Dígale que no se afane, que esta noche regresamos porque, imagino, que el niño no ha dado pie con bola. Igualito a todos esos huevostibios de los tíos. Espero Mesías que saque la cara por la familia, me supere y haga algo por su vida. Ahí le recomendé al Señor de los milagros que interceda por ustedes. Ojalá me escuché y les ayude a salir adelante.

Papá, como siempre, me confesé, comulgué y le pedí a Dios que nos ayude para que algún día cambie de genio y entienda, para que no sufra tanto, que hay cosas más valiosas que acumular dinero y estar maltratando a las personas por ser pobres o sencillamente por ser diferentes.

Denario no le contestó a su hijo. Abrió la ventanilla del carro y se quedó mirando el extenso valle verde a orillas de la carretera que recorrían a alta velocidad para estar pronto en el lugar de trabajo. Se había cumplido con la misa, la fe y unos pesos para los propósitos comerciales entre El Señor de los milagros y los asiduos feligreses que asistían en los días especiales del jubileo declarados por el mismo patrón de la Basílica.

Después de un largo rato de silencio, medio dormido y limpiándose las babas, -dijo Denario- estos pastizales llenos de vacas me acuerdan cuando era niño y soñaba con tener, algún día, una ternera para que pariera y, así, tener otra y otra para comprar un caballo y salir a recorrer los potreros mirando de cuánto ganado era dueño.

¿Y si compró, alguna vez, la ternera?

¡Claro que la compré! Lo hice con los ahorros del trabajo que tenía donde don José, el señor que me enseñó lo del comercio porque, si no hubiera sido por él, estaría lavando carros en un parqueadero y cambiándole el aceite a las naves de los ricos.

¿Y qué le aprendió en eso del comercio, cuál es la clave para tener una buena ganancia?

La ciencia de eso está en comprar barato y vender caro, lo más caro que se pueda. Aprovechar los momentos de crisis cuando alguna mercancía está escasa y venderla más cara porque, eso es elemental mijo, el que la necesita tiene que comprarla, mejor dicho, o la compra o la compra porque no tiene otra alternativa.

Pero papá, eso, me parece que es aprovecharse de la necesidad de los otros y no me parece justo.

Mire Mesías, en asuntos de negocios lo que vale es la ganancia. Que sea justo o injusto no interesa. Compro una mercancía, le gano un cien por ciento y listo. Esa es la vida y la forma de llegar a ser alguien, tener un buen carro y darse gusto en lo que quiera, viajando, vistiendo buena ropa, un reloj de millones, buenos anillos y cadenas con el crucifijo rodeado de piedras preciosas para que, el señor de los cielos, nunca lo abandone en sus propósitos.

¿Nos bajamos y descansamos un poquito papá? Quiero estirar las piernas y mirar dónde nos tomamos algo porque, además, tengo sed.

A los pocos kilómetros en un paraje a orillas de la carretera, Mesías, estacionó la camioneta.

Acomodados en un amplio mirador veían cientos de hectáreas sembradas de caña y trenes cargados de bagazo conducidos por gente de raza negra que mostraba en su cuerpo las gotas de sudor corriendo por las cicatrices de la esclavitud horadada por los mercaderes de personas que, aún, viven de la necesidad de los pobres destinados a aumentar las ganancias millonarias de sus extensas haciendas abonadas con la sangre de la impunidad.

¿En qué está pensando papá?

En que esa gente pobre sufre trabajando bajo esos rayos del sol y viven como los animalitos porque, a lo mejor, no rezan ni van a misa y, tampoco, les interesa superarse en la vida porque se acostumbraron a la miseria.

Cuando estaba en el colegio -dijo Mesías- el profesor de historia nos contó que muchos de los propietarios de la tierra en el Valle la habían adquirido quitándosela a los campesinos que eran los verdaderos dueños y, para lograr eso, los aterrorizaban torturándolos y asesinandolos en presencia de sus familiares cuando se negaban a firmar las escrituras en las notarías por los precios que los despojadores ponían a las fincas.

Un pequeño número de sobrevivientes huyeron con los niños, las madres y lo que pudieron cargar entre las manos para no ser asesinados. Ahora, que me acuerdo, los llamaban los pájaros y, al que los mandaba, le apodaban el cóndor.

Contaba el profe en clase que ese señor cóndor era del partido conservador y comulgaba todos los días en la primera misa. Por las noches salía a espantar a los liberales dándoles veinticuatro horas para abandonar el pueblo y, de esa manera, con la

alcahuetería del gobierno se hizo dueño de las mejores tierras. ¡Ah! Pero, un momentico, lo mejor de la historia, nos contaba el profe, es que el cura en las misas les predicaba que matar a un liberal no era pecado y, al contrario, Dios les quedaría muy agradecido.

¿Cuánto dinero me gasté en matrículas y pensiones en ese colegio y durante cuántos años?

Papá, ¿por qué pregunta eso? ¿Por qué se ofende? ¿Dije algo malo? Simplemente estoy haciendo memoria de aquello que el profe nos enseñó sobre esta región y, otras partes del país, y la manera como muchos personajes se enriquecieron y, ahora hacen parte de las mejores familias que viven negando su pasado ilícito y mafioso, pero tienen a su gente en el poder, para seguir mandando y robando.

¿Qué tiene eso de malo papá, recordar lo que aprendí en las clases y, ahora, se embejucó por eso? No papá y, después, pregunta por qué a nadie le gusta salir con usted de paseo. Mejor me hubiera quedado tranquilo marcando la mercancía y, se hubiera venido solo, porque el único pendejo soy yo.

Porque estoy pensando -Respondió Denario-, que con ese dinero que pagué en los tales estudios hubiera comprado mercancía y ganado bastante billetico. A lo mejor no estuviera escuchando sandeces y porquerías de esas que me está contando y, claro, ahora entiendo las bestialidades que enseñan los profesores que se la pasan haciendo paros y calentando las orejas de los estudiantes con tanta mentira. Es decir, pago los estudios para que los hijos se vuelvan comunistas y, además, ateos y vengan a la casa a decirle a su taita qué es lo que tiene que hacer.

¡Lástima mi billete! ¡Qué platica tan mal invertida!

6

Qué pasó en el viaje con mi papá que esta mañana llegó a reclamar porque no se había marcado toda la mercancía y, -le dijo Félix a su hermano- a echarme en cara lo que había pagado por el estudio.

Lo de siempre Félix, tranquilo, acuérdesse que a papá cuando se le dice cualquier cosa, se pone furioso y empieza la cantaleta del billete. Eso me pasa por bobo y acompañarlo a cumplir sus promesas en las iglesias. Por el camino le comenté lo que sabía sobre la región que estábamos visitando, lo hice, por tener un tema de conversación y me respondió que había gastado el dinero inútilmente porque los profesores lo que enseñaban era a ser comunistas y ateos. Tranquilo hermanito porque ya sabemos cómo es él, simplemente, no lo vuelvo a acompañar a ninguna parte así me prometa el cielo y la tierra. Con razón llegó furioso y, otra vez, la jodencia con mi mamá. Que salí a la familia de ella y que esos pobres diablos no tienen ni siquiera en que caer muertos. No le respondí nada, pero un día de estos me voy a agarrar duro con él porque, ahora, se le ha dado por decir que a los hijos se les puede desheredar cuando son holgazanes y que, ojalá, sigan debajo de las naguas de la mamá.

La verdad, Mesías, estoy mamado. Será mi papá y lo respeto por eso, pero, el cariño que nos tiene siempre lo mide en dinero y maltrato y, a veces, pienso que sería mejor tener más afecto y menos dinero. ¿Por qué siempre nos quiere comprar dándonos cosas y sembrando odio contra los demás? Menos mal no quise ir con ustedes, pero sí estuve tentado a proponerles que se marcara la mercancía después para ir a quedarnos unos días en Cali.

¿Por qué no lo propuso? -Respondió Mesías- Nos hubiera ido mejor. Estando los dos el hombre se frena un poquito porque sabe que nos unimos para defendernos y, por lo menos, no habla tan mal de mamá.

No lo propuse porque pensé que, si me agarro con él en el carro, me toca bajarme y regresar en bus o coger un avión, por consiguiente, lo mejor era no viajar. Si se porta de esa manera con usted que es el que más le para bolas y consiente, piense, como hubiera sido conmigo que, siempre, me ha tratado a

las patadas y con su tal rejo porque, según él, así se forman los hombres para que se superen y tengan algo cuando grandes.

A usted le tocó otra época con mi papá, por lo menos, ya tenía un poco de billete y había comprado carro. Cuando nací no tenía nave, como dice, y dizque a la clínica me fue a conocer en taxi porque empezaba la sociedad del almacén que le dio buen resultado y, después, se independizó para quedar como único dueño del negocio.

¿Usted cómo supo lo del taxi?

Porque mi mamá me ha contado muchas cosas de la vida, cómo se conocieron, dónde vivían, cómo eran sus familias y cómo consiguió el dinero para poner la sociedad con un señor que finalmente resultó un fiasco. Finalmente, con ella es la que más hablo y, por lo menos, nos ha dado afecto y no nos está echando vainazos por lo que hacemos. ¡Mama es mama!

Oiga Félix, de dónde sacó la cuota para comenzar el negocio mi papá porque entiendo que ellos eran muy pobres, según, palabras de él.

Eso es cierto, al hombre le tocó trabajar desde la infancia, a los nueve o diez años, salió a rebuscarse la vida y...

Sí, esa parte -interrumpió Mesías- me la ha contado porque entre almuerzo y almuerzo para desviar la cantaleta le averiguo su historia personal y he conocido muchas cosas que nos sirven de ejemplo para la vida, pero, además, es chévere conocer nuestras raíces y la verdad de nuestros ancestros.

Lo cierto es que, según mi mamá, el ahorro que tenía del sueldo como enfermera se lo entregó para iniciar un negocio y dejara de ser empleado en un cuchitril donde llegó a trabajar cuando abandonó el pueblo.

La otra parte de lo que se necesitaba se la prestó un pariente de él que, también, se había ido de la casa desde chiquito por la pobreza en que había nacido, pero fue más vivo y se regaló en una secta religiosa donde, poco a poco, acumuló las limosnas que, después, prestaba con intereses bajos o altos, según, el marrano.

A ese buen pastor lo cebó la mayoría de esa familia para que les prestara dinero, es decir, tenía clientela propia y las dos partes ganaban. Los que le rendían pleitesía por su dinero y el beato prestamista que era adorado por misericordioso. Los posibles clientes hacían largas jornadas de hipocresía durante meses para reírse de las pendejadas expresadas por el benefactor y las toleraban hasta lograr el milagrito requerido para la inversión comercial que los ayudara a salir de pobres.

Escúcheme Félix, mi papá nunca menciona eso del aporte de mamá, pero, siempre grita que, es una holgazana pendiente del billete que se lleva a la casa para los gastos y vive tranquilita, hablando basura todas las tardes con las amigas. Él es muy competitivo y nunca aceptará ser perdedor, pero, tampoco, se puede negar que es trabajador incansable.

Lo que me arruga el alma es cuando ofende a mi mamá, con esas palabras tan duras y en presencia de todos. ¿Será que no piensa lo que dice? O, a lo mejor, se siente más macho o superior a los demás como lo vive pregonando. El problema consiste en que, el día menos pensado, me saca de las casillas si la sigue ultrajando y, por defenderla, se forma la pelotera con el hombre. Eso es lo que trato de esquivar y prefiero coger por mi lado porque, yo también, tengo mi geniecito como él.

Mesías escúcheme, a veces, reflexiono y me pregunto si vale la pena tanta humillación, tanto regaño y mil vainazos por tener un carro o un celular o cualquier cosa de las que mi papá nos compra y, pienso que, todo se aguanta para poder mostrar el billete y creernos lo mejor de la familia o los niños ricos del barrio.

En las misas le pido a Dios que me ilumine y no termine maltratando a los pobres como lo hace mi papá. Eso es horrible y como lo he sufrido en carne propia lo siento más.

A Felisa la lastimaba desde que eran novios y ella, en su lejana memoria, recuerda cómo le pegaba y la arrastraba como un trapero, sin importarle, el sufrimiento o quien estuviera cerca.

Con razón todos los Camacho son iguales y, especialmente, las mujeres que, ahora, les da pena cargar un talego porque temen que la gente las vea, así, como me pasó con la tía rezandera cuando la encontré saliendo de un supermercado y miró para otro lado haciéndose la pendeja. En definitiva, lo que dijo mi mamá cuando le quitaron el saludo.

¿Qué dijo mi mamá Félix, que comentario hizo? Cuénteme.

Ella dijo –Con un triste lamento- que no sentía remordimiento, odio o rencor sino tristeza con ellos porque lo peor que tenían en su alma, si tenían, era pisotear la memoria para barrer su pasado como si haber nacido pobre hubiera sido un delito y que, por eso, se enfurecían cuando alguien les recordaba la infancia y, a los menores, les tocaba ir a repartir la leche en el único burro que tenían en la casa.

7

Qué pereza ir a la reunión de fin de año con la familia de mi papá, pero mami, si le digo que no voy empieza con su cantaleta y, otra vez, la discusión. Los últimos días me he hecho el bobo y no le paro bolas para evitar embejucarme como en otros tiempos, pero igual, no soporto a los otros hablando de sus riquezas y, ahora, que olvidaron la ayuda de mi papá se atorán hablando de los millones que dicen tener. Estoy por creer que la ingratitud es una enfermedad que termina con la memoria y se convierte en puro odio y rencor.

Eso es verdad, pero Félix, no se eche de enemigo a su papá. Vaya a la reunión, salude con amabilidad, se demora un ratito, comente que se siente indispuerto y se quiere acostar a dormir. Ya sabe que acá hay preparado perrnil de cerdo. Si regresa temprano cenamos con sus hermanos o, si se quieren demorar, mañana se desayuna con tamal, huevos, perrnil y caldo. Lo que quieran hacer, pero no peleen con su papá que ya saben cómo se pone cuando se le contradice las órdenes. Imagino que sus hermanos si quieren ir o...

¡No mamá! -Grito Mesías- nadie quiere ir. Entienda que ellos son muy aburridores y sumercé que los conoce bien sabe porque no los tolero. No se sabe qué es peor, si alegar con el papá o asistir a esa reunión. Se toman un trago y comienza la discusión de siempre, o sea, quién tiene el mejor carro, el mejor reloj, etc. Y, no me joda, eso es una agonía, no hablan de otra cosa, esas fiestas son una mamera. Insisto en que hagan lo de siempre, por favor hijos, asistan un momento, hablan lo necesario con todos y, hasta pronto familia, nos vemos en la próxima reunión. Como siempre se matan dos pájaros de un solo tiro, quedan ellos contentos, su papá queda feliz y ustedes se escurren de esos tíos que son bien atravesados con o sin tragos y, de verdad, el tema preferido es el billete y los negocios.

Además, solo hablan los hombres porque sus esposas no pronuncian una sola palabra y si lo hacen o tratan de opinar las callan y son despachadas rapidito para la cocina. Cuántos años padecí esas celebraciones y, en esa época, ninguno tenía plata, pero hablaban como si fueran los más ricos de este mundo. Los imagino si, ahora, tienen algo en el bolsillo.

Pero... mamá, los tíos no tienen mucha plata, concretamente, tienen un carro de esos populares, un apartamento que, supongo, lo compraron a cuotas y un negocito que les da para vivir cómodos. Eso es lo que les conozco y, que sepa, ninguno ha terminado el bachillerato porque, según dicen, la felicidad de la vida consiste en tener casa, carro y cambiar de modelo todos los años para mostrar que van viento en popa y les sobra el dinero.

Mesías escúcheme, cuando me casé con su papá jamás reparé en su pobreza y en mi casa tuve problemas con su abuelita porque siempre decía que, ojalá, me enamorara de un hombre que le gustara estudiar, que tuviera aspiraciones de ir a una universidad y, ante todo, me tratara bien en la vida y, mucho mejor, si no era mujeriego ni borrachín y se dedicara a educar a los hijos con los libros y el respeto a los otros, sin importar, si era pobre o rico porque para qué se quería un burro cargado de oro si todo lo solucionaba a punta de coces.

Y... entonces mamá...

¿Y entonces... qué pasó? Pues pasó lo que pasó por no abrir las orejas y, por lo menos, reflexionar sobre los consejos de su abuela y, sin pensarlo, terca como una mula me casé con su papá. El odiaba a mi mamá porque en alguna ocasión le comenté lo que ella me había aconsejado y como su querido padre es bien rencoroso y lleno de odios, sencillamente, se sintió discriminado y nunca perdonó a la abuela que, en el fondo, tenía toda la razón.

Me da la impresión que la rencorosa es otra, -dijo Mesías- mirando de reojo a su mamá.

No es rencor mijo. No niego que siento tristeza por lo que he vivido. Lo que sí tengo claro en la vida es que me enamoré, me casé y los tengo a ustedes que son lo más valioso para mí y son mis hijos que, como cualquier madre, si es necesario, da la vida por ellos.

Esto lo estoy contando hoy, Mesías, para que tenga claro porque sus tíos y tías son así. Su abuela materna siempre dijo que la raza no se pierde y, ella, siempre, fue el manto de lágrimas de la mamá de su papá cuando le contaba las muendas que le daba su marido cuando se emborrachaba o se ponía furioso por cualquier pendejada.

Todos funcionan de la misma manera, mejor dicho, todos quieren defecar más arriba del culo y, por consiguiente, si tienen un peso en el bolsillo hablan de diez pesos y, si no tienen nada, la cosa es peor porque hablan de los millones que se van a ganar en el próximo negocio.

Afortunadamente a su papá le ha ido bien y ustedes tuvieron la suerte de no aguantar hambre como él y, mucho menos, sufrir las incomodidades que tuvimos recién casados cuando, ni siquiera, se tenía dónde servir un plato de sopa. El comedor era un escritorio de mi hermano que le poníamos un vidrio encima y acomodábamos los platos.

Lo que pasa es que todas esas cosas las olvidó su papá y cree que todo lo puede comprar en este mundo. Esa es la realidad y la tristeza que siento es saber que puso a toda su familia en mi contra para que dijeran que estaba loca y, también, compró testigos falsos para que le concedieran el divorcio.

Por eso, sin ofender a nadie, me da risa cuando van a las iglesias a comulgar, a ofrecer misas y a cumplir penitencias como si Dios no conociera el pasado y, tampoco, entendiera de negocios, mejor dicho, están convencidos que Dios es bobo.

Detrás de todo ese montaje estaba el predicador de la caridad y prestamista usurero que, lo único que tenía de religioso era el hábito de franciscano con algunos harapos que vestía en los paseos familiares porque, hijo, ese cristiano vivía para acumular sus ahorros y, aquí solita pienso, ¿Para qué guardaba tanta plata si en la comunidad tenía todo? Allá le daban los alimentos, el hospedaje y hasta le lavaban la ropa, pero tampoco, se cambiaba y la camisa que usaba se la regalé en una navidad quince años atrás.

La vida es difícil de comprender madre. Entiendo que mi papá se la pasaba tomando trago y hace muchos años no puede, ni siquiera, oler una copa de vinagre; le gustaba comer toda clase de alimentos fritos con aceite y, ahora, no puede probar un trocito de morcilla o, al menos, untarle salsa a un pedazo de pan para ponerle sabor a la vida, a la comida que, de verdad, entra por los ojos y, entonces mami, para qué tanto dinero si no se puede tragar a gusto una mazamorra porque le dan dolores estomacales y, los tales, cólicos de los que vive quejándose. Es complicado entender que cuando se tiene no se puede y cuando se puede no se tiene.

Es posible que todos esos males sean el resultado del hambre que sobrellevó en los tiempos duros de pobreza y, con la edad, van saliendo a flote porque la vida no perdona y siempre se sale con la suya, al fin y al cabo, hambre en barriga ajena no escarmienta.

Será por eso que se le ve feliz -dijo Mesías- mostrando un reloj de millones de pesos que marca la misma hora y los mismos minutos que otro barato y menos ostentoso, es decir, creo que pensará que como no puede disfrutar comiendo o bebiendo lo que se le antoja se cubre el cuerpo con alhajas para que los otros lo admiren y envidien y vean que el tiempo va cambiando o marcando, según los millones, a las personas.

Con sus hermanos hemos hablado de lo mismo y siempre llegan a lo mismo porque ellos quieren al papá por lo que tiene y llenan el vacío de cariño que nunca tuvieron con los objetos que viven comprando y, también, mostrándolos a aquellos que no tienen con qué adquirirlos si es que les interesa. ¡Ojalá Dios no me castigue y sigan el mismo camino! Siempre recordaré esas palabras sabias de su abuela cuando decía que la lengua es castigo del culo.

8

¿Por qué trae el rostro pálido Félix? Sospecho que se agarró, como siempre, con mi papá y, por lo mismo, por su verraco dinero.

Espere Mesías un poquito que mi mamá me está hirviendo un agua de valeriana y les cuento lo sucedido.

Imagínense, mi papá me pidió que lo acompañara a almorzar y le respondí que sí pero no pedía nada en el restaurante porque en la casa tenía una ensalada que mi mamá había preparado y era parte de la dieta por tener el hígado graso.

Eso fue como echarle un madrazo. Empezó a gritar que me fuera a donde mi mamacita porque nunca había salido de las naguas de esa señora chismosa y que, como ella, tampoco iba a servir para nada en la vida.

Cálmese y siga tomando el agua que le sirve para calmar los nervios -le dijo la mamá-.

Tranquilo Félix, -dijo Mesías-, respire profundo, cuente hasta diez y si no quiere contarnos ahora no se preocupe. Si quiere dormir un rato para descansar hágalo. De todas maneras, hoy no va a ir a trabajar.

No. Esperen les sigo contando. ¿Me da más agüita madre? Ya me está pasando. Lo mejor es desahogarme ahora y, si puedo, duermo por la tarde.

Bueno, cuando comenzó con el alboroto, -continuó Félix- me hice el pendejo, miré por la ventana y cambié de tema para evitar problemas. Pero el señor se enfureció y me agarró del brazo estrujándome durísimo y gritando que le había hecho perder toda la plata que había pagado en un montón de cursos y que, jamás, de su bolsillo saldría un peso más para un miserable como yo y, rapidito, me fuera para donde mi mamá a ver si ella era capaz de pagar cualquier porquería de estudio.

Cuando dijo que era un miserable sentí que me hervía la sangre en las venas y para soltarme lo empujé. Al retirarme de la ventana buscando la puerta de salida, me cascó varias veces en las piernas con el bastón que tiene ahora y siguió con los insultos sacándome los trapos al sol por los estudios que, según él, ha pagado porque ustedes saben que la que me ha apoyado ha sido mi mamá.

En un momento casi le pongo su puño en la cara, pero ni siquiera, entiendo cómo pude contenerme. Cuando reaccioné ya estaba montado en la moto y, prácticamente, estaba aquí abriendo la puerta. Les juro que tengo tanta rabia que no quiero volver a saber nada de mi papá.

¿Entonces le pegó con el bastón como si fuera un chino chiquito?

Claro como cuando nos pegaba porque no caminábamos rápido y nos arriaba como un par de bestias allá en el parque, ¿se acuerda Mesías?

De eso me estaba acordando. Cuando nos castigaba por cualquier cosa, pero mamá nos defendía y, siempre, salía perdiendo porque le iba peor que a nosotros.

A los dos, Mesías, nos tocó la peor parte de mi papá porque somos sus hijos mayores, pero, en general, con todo el mundo es así y todo lo resuelve con el billete. Ahora que estamos grandes y podemos reflexionar un poquito, le pregunto Félix, ¿qué necesidad tenía para castigarnos con ese rejo que nos daba tan duro en las piernas porque no caminábamos rápido como una persona grande? Nosotros tendríamos cinco o seis añitos y, recuerdo, que me ponía a llorar cuando nos sacaba a hacer deporte en el parque porque ya sabía la muenda que nos iba a dar por lo mismo todos los domingos.

Por lo menos a ustedes les daba con el cinturón -dijo la mamá- a mí me daba con lo que encontrara, con lo que tuviera en las manos o lo que veía más cerca.

Felisa soltó una carcajada que no podía contener, su rostro enrojeció y una tos seca le impedía hablar. Sus hijos entraron en pánico y le alcanzaron un vaso de agua para que volviera a respirar en forma normal.

¡Mamá! ¡Mamá! ¿Qué le pasó? Gritó Mesías.

Nada...nada tranquilos, simplemente, me acordé de un día que su papá se estaba embolando y como el invierno había inundado las calles le pedí que se pusiera una bufanda para el frío y para prevenir la gripa. Se emberracó y empezó a gritar que él tomaba cola granulada del tarrito rojo para mantener las defensas altas y que no le jodiera la vida con esas prendas que lo hacían sentir como un ahorcado o que qué era lo que estaba buscando hacerle.

¿Y de eso se ríe mamá? -Dijo Félix-.

No, no es eso- respondió Felisa- Lo que pasó es...

Y nuevamente Felisa soltó una carcajada que no la dejaba respirar y a Félix le tocó echarle aire en la cara con la tapa de una olla que era lo más cercano que tenía y lo más funcional en esa emergencia. Pero... ¿qué pasó madre? ¡Van dos desmayos y no termina el cuento! -Gritó Félix-

Felisa se reincorporó en el sofá donde siempre se sentaba y entre carcajadas prosiguió el relato.

Su papá se enfureció con lo de la bufanda y como me insinuó que lo quería ahorcar me dio más risa hasta que me lanzó a la cara el zapato que estaba embolando, pero, falló el tiro, y el zapato salió volando por la ventana hasta la mitad del charco más grande que había frente a la casa.

Todos soltaron la risa y cada uno se dejó deslizar sobre la silla que ocupaba y con las manos se agarraban la barriga que les dolió de tanta carcajada compulsiva.

¡Ay me dolió el estómago! -Dijo Felisa- Regálenme otro vasito de agua, por favor.

Felisa se tomó tres sorbos de agua de un jalón y dijo- pero, quédense sentados que el cuento no ha terminado.

Si mamá, cuente, mi papá que hizo. Me lo imagino pensando en su chagualo.

¿Pensando en su chagualo? No hijos... lo que hizo fue lanzarme la caja de betún y, preciso, apuntó bien y pum me la puso en un ojo. Ese golpe fue tan duro que quedé atontada y viendo estrellitas. Ese señor salió rapidito y se fue a trabajar como si nada hubiera pasado. Así es su papá y así me lo aguanté todo el tiempo que estuvimos juntos.

Nunca he querido, hijos, contar las muendas de su papá porque no quiero que tengan una mala imagen y, además, me parece de muy mal gusto hablar del papá de mis hijos y, desafortunadamente, de aquél que quise en la vida, conocí en la pobreza y le ayudé con lo poco que tenía para salir adelante, pero así es la vida, hijos. Cuando menos se pensaba se le hinchó el cerebro con sus billetes y, hasta luegoito que, a usted no la conozco y no es de mis intereses. Como dice una canción ranchera, ahí le dejo esos tres chinos y... ya se me olvidó el resto de la letra.

Si madre. Todos son atravesaditos en esa familia, pero algunos, han comentado sobre los maltratos y humillaciones y se quedan calladitos porque los amenaza con quitarles la ayuda para sus locales comerciales y como dicen por ahí... la necesidad tiene cara de perro...

Eso ya lo sabemos todos, pero madre, ¿Qué pasó con el zapato? Me tiene intrigado -Dijo Mesías-.

¡Este Mesías si es muy chistoso...le importa más el zapato que el ojo negro que le puso a mi mamá! -Dijo Félix-.

Pero, está bien, ¿qué pasó con el zapato? -Dijo Félix entre risas-.

Con el zapato pasó que, por allá a las diez de la mañana, me acordé y cuando salí a buscarlo no lo encontré. Acuérdense que con el totazo en el ojo quedé bien turuleta, tuerta y poniéndome hielo para que bajara la inflamación y el morado que el señor me había propinado en su primer ataque de rabia del día porque el otro venía a la hora del almuerzo y el último por la noche cuando llegaba, generalmente, borracho y abría las puertas del garaje manejando y casi dormido. Muchas noches, con el carro, corrió el lavadero que estaba a la entrada de la cocina, pero, afortunadamente, nunca le pegó al cilindro de gas que estaba a un lado porque no estaría contando el cuento.

Otra vez, madre que qué pasó con el zapato, -gritó Félix- entre risas y ya, bastante tranquilo, después del alegato con su querido papá.

Ese zapato, -me contó la vecina- que me vio buscando algo entre el charco y notó rara mi actitud, que el flamenco, un perrito dálmata que teníamos en la casa, se había salido por la puerta del garaje y se había puesto a jugar con ese pedazo de chagualo que, como pudo, entró para la casa.

Lo cierto es que el zapato estaba metido en la casita de flamenco y, como a los ocho días, lo vine a encontrar todo mordido y vuelto pedazos, de tal manera que, el señor perdió un zapato y yo casi pierdo un ojo, como quien dice zapato por ojo y ni colorín ni colorado porque su papá siguió con el mismo trato o, mejor, empeorando y yo acumulando sufrimientos.

9

El carro que tengo no tiene buen pique y es más lento que una tortuga -le dijo Benjamín al papá- cuando conversaba por teléfono, desde Boston, donde vivía meses atrás y estaba perfeccionando el idioma para adelantar estudios de pregrado.

Hay que cambiarlo por uno que sirva -le contestó el padre-. Cuando regrese miramos en esos concesionarios que reciben usados y entregan nuevos, pero, entre otras cosas, cuánto tiempo va a estar por allá porque, mijito, con esa manera de girarle en dólares no hay chequera que aguante.

Además, no he podido entender para qué sirve estudiar en otro país. Por ahí dicen que, acá también existen universidades que son de garaje y entregan los títulos si se paga por adelantado la matrícula. ¡O será que les dicen de garaje porque parquean muchos carros! Porque mijo, le cuento, que un parqueadero en esta ciudad es un buen negocio y es pulpito el billete todos los días.

Piénselo y en lugar de pagar tantas matrículas se devuelve rapidito a comprar un lote grande que esté bien ubicado para guardar carros y cobrar por minutos. La plata no puede estar durmiendo. Ese negocio necesita dos celadores y unos tres perros, bien bravos, que hacen el verdadero oficio de cuidaderos y mantienen despabilados a los vigilantes.

Lo voy a pensar papi y en la próxima llamada le comenté mi reflexión porque, por ahora, no me veo cuidando unos perros y anotando el número de placas de los posibles clientes y, entre cosas, siendo el mejor amigo de la niña que irá a vender los tintos y las empanadas todas las mañanas. Papá no se ofenda, pero pienso que merezco una vida mejor, conocer varios países y, por lo menos, disfrutar el dinero en viajes o lo que se quiera en este mundo.

Denario- con voz pausada y suave- despidió a su hijo, colgó el auricular del teléfono y su cabeza se llenó de recuerdos. Trajo a su memoria las palabras de Felisa cuando le contó que estaban esperando el tercer hijo y, nuevamente, sintió el escalofrío de aquella noche, cuando estalló en cólera y arremetió con cachetadas contra el rostro de la futura madre.

A los pocos meses de nacido Benjamín, Denario, abandonó el hogar. Atrás quedaron los gritos, humillaciones y las cuestionadas horas de educación regida por el rejo patriarcal del dueño de la verdad en el hogar. También se quedaba, para siempre, la corona de espinas en la frente de Felisa que junto a los grilletes de las fantasías y el paso de los años urdirían el universo de sus sueños.

El cariño de los hermanos y el amor de la madre se esparcieron entre la sombra de los recuerdos y la ausencia del padre.

El nuevo juguete de la familia, desde sus primeros días de gateo, mostró su hiperactividad y no tardó en caminar. Sus miembros se movían como un robot al ritmo de la energía interna que contenía aquel pequeño cuerpo. Su textura física era la ideal para que sus hermanos lo confundieran con un osito de peluche y se lo lanzaran entre los brazos en los mejores momentos de sus improvisados juegos.

No siempre funcionaron las cosas bien y, en una ocasión, al pequeño lo alcanzó a agarrar su mamá cuando iba saliendo por la ventana que daba al jardín porque las fuerzas de Mesías no fueron suficientes para sostenerlo.

Benjamín creció escuchando la voz débil de la mamá y las estridencias de sus hermanos. Desde sus primeros meses, Félix, cumplió la función de sustituto del padre y empoderado de su labor daba órdenes a diestra y siniestra al aturdido niño que empezaba a comprender los sinsabores del autoritarismo empacado en la propia sangre de sus mayores.

Alcance los zapatos y los cepillos de embolar -le dijo Félix al niño-. Agarre bien ese trapo rojo, se llama bayetilla, y se lo va pasando hasta que el cuero quede brillante. Aprenda desde chiquito a hacer sus propias cosas para que sea alguien cuando grande.

El niño al cumplir los tres años ya se defendía en los oficios que cada uno de sus hermanos le había ordenado realizar y acató con la inocencia de la sumisión.

Expresaba en el rostro la felicidad cuando lo sentaban frente al timón de cualquiera de los carros estacionados en el garaje de la casa y trataba de estirar sus delgaduchas piernas sobre los pedales, mientras, alargaba sus pequeños brazos para darle vueltas a la cabrilla tapizada en cuero.

Estos movimientos iban acompañados con el ritmo de los sonidos guturales que emitía en señal de gratitud. Pasaba horas enteras entre el propio run run onomatopéyico del sonido de un motor y el ajeteo muscular de los brazos que producían el cansancio necesario para que se durmiera rápido y, por fin, se pudieran desarrollar las labores del hogar asignadas a los demás integrantes de la familia.

Entre órdenes, pellizcos y la obediencia a la autoridad fraternal se extinguieron los años de la infancia del Cuba, como le decían en el rebaño familiar, por ser el menor de los vástagos de la unión marital bendecida y oprimida por las propias argollas nupciales de la Santa Madre Iglesia y sus parientes.

La puerta principal de la casa se golpeó contra el muro al ser abierta por una patada que le lanzó Félix a su hermano pequeño y logró esquivar con un movimiento ágil y preciso.

¡Chino perezoso! ¡Sacúdase! Abra esa puerta rápido que necesito entrar al baño y, después, no se queje si le toca lavar, -le gritó enfurecido Félix- porque tengo que salir urgente. No alcanzo a almorzar bien. Como algo liviano de lo que haya preparado su mamá que lo está educando como una nena y, ahora, no se le puede exigir nada porque se ofende el niño consentido.

Perdóneme Félix pero a usted quién le dijo que yo era su sirviente y tenía que estar dispuesto a recibir sus órdenes. Eso sucedió cuando estaba chiquito y me cogían de pendejo con Mesías como si fuera un esclavo. Esas épocas pasaron, pero ahora, me puedo defender solito porque, un tiempito más, y me convierten en un idiota útil.

Agradezco a mi papi que me ha enseñado a defenderme de ustedes dos y, por lo menos, estoy entendiendo porqué abandonó esta casa. ¡Claro, si están siguiendo la misma línea de mi mamá!

En la entrepuerta de la cocina y el comedor se encontraba Felisa alistando los ingredientes para preparar los alimentos cuando escuchó discutir a sus hijos.

¡Qué pasa con esos gritos fuera de tono, ahora, está peor que cuando su papá llegaba a almorzar! Félix no ofenda a su hermano. Él estaba tranquilo haciendo sus tareas y escuche bien, usted, no tiene por qué alzarle la mano ni darle patadas. O, se siente feliz imitando a su taita.

No faltaba más que la historia se repitiera y salieran más guaches que el propio patrón.

¡Bonita suerte la mía!

Ese señor nunca los trató como humanos y, siempre, los mandaba como si estuviera arriando bestias. Mejor dicho, a falta de cariño tuvieron domador. ¡Qué desgracia!

¡Chino desgraciado y oportunista que se le dio por amanguarse con su papá para sonsacarle lo que se le da la gana! -dijo Félix, mirando a la cara a su hermano- ¡Ahí está la mamita defendiendo al bebé! Siéntense a almorzar y dejen esas peleas pendejas que parecen perros y gatos. Mejor, demos gracias a Dios y pídanle que permanezcamos unidos y colmados de amor para superar esa tragedia de pensar solo en el dinero y ofender a los que no tienen con qué comprar un bocado para pasar el día.

¿Sabes algo de Mesías? -Preguntó la madre a los hijos- mientras terminaba de servir el jugo y les acercaba las servilletas con los cubiertos.

Por la mañana hablamos por celular y me contó que tenía pasajes para Cartagena y viajaba en compañía de sus amigos porque no quería estar con mi papá- contestó Félix- mientras engullía un pedazo de torta de alcachofa con jugo de alpiste para limpiar el hígado y, de reojo, miraba a su hermano pequeño.

Siempre se hace el pendejo, armando paseos, para no colaborar en la temporada de trabajo duro en los negocios-respondió Benjamín- como si él no tragara de lo mismo.

Pero pienso- dijo Felisa- que mejor lo hace. Para aguantar estas escenas agresivas es preferible evitar y descansar unos días. Créanme que es mejor vivir en armonía y, ojalá, comprender que somos

diferentes y, cada quien, tiene su manera de matar las pulgas, pero sin violentar al otro, por pensar distinto.

Les pido que dejen todas esas rencillas que no conducen a nada bueno porque al paso que vamos, es posible, que terminemos como los hermanos de su papá que, sin tapujos les digo, son un montón de envidiosos que se jactan de sus riquezas y van aplastando a los que se encuentran por el camino.

Estoy totalmente de acuerdo con mi mamá -dijo en voz alta Benjamín-, por eso le pido a Félix que deje de ofenderme y estar dando órdenes como si fuera ese juguete que manipulaba cuando estaba chiquito. ¿O es que quiere sacarme, otra vez, por la ventana confundándome con un oso de felpa?

El salón del comedor se transformó en un concierto de risas que brotaba de cada uno de los labios de aquellos integrantes de la mesa cuadrada cubierta por un mantel bordado por las finas agujas de croché donde sobresalía el color de unas flores en primavera.

Félix corrió el asiento donde estaba sentado a manteles y, acercándose a su hermano, le acarició la cabeza y dio un beso en la frente. Felisa agarró las manos de sus hijos, se las llevó hacia su corazón y, en tono de plegaria, le pidió a la virgen Santísima que le permitiera ver a sus tres hijos unidos para siempre hasta el día en que, a San Juan, se le diera por agachar el dedo y ya no tuviera ni un callo que la hiciera sufrir en la caminata de la vida porque, así, -les dijo con tristeza- bajaría tranquila a los hornos de la purificación.

11

Se va a poner la pijama o, le bajo la sudadera de siempre, -preguntó Felisa a Mesías-, la noche cuando las luces del jardín no resplandecían con el brillo de siempre por la densa niebla que cubría gran parte de la región. Las heladas decembrinas avisaban la llegada de la estrella de oriente quemando las hortalizas, los pastos e, inclusive, la misma pólvora que anunciaba el nacimiento del Redentor.

Prefiero la sudadera mami y la ruanita para arroparme las piernas. El frío me sacó corriendo del trabajo y me vine añorando un pocillo de agua de apio con las gotas de limón que prepara para bajar el estrés y dormir de plácemes. Estas últimas noches me he dormido tardísimo.

Le iba a preguntar precisamente sobre eso. Anoche, también, noté la luz del baño prendida después de la medianoche y cuando intenté llamarlo ya se había vuelto a acostar. ¿Tiene alguna preocupación? Sí madre, pero, son tantas, que no quisiera comentar porque son cosas que tendré que resolver y no quiero preocuparla.

Lo que pasa Mesías es que se vuelve peor el remedio que la enfermedad cuando no me cuenta lo que está pasando porque me lleno de angustia y seríamos dos los desvelados. Es mejor que confíe en mí y, sería bueno, aprovechar que sus hermanos llegan tarde, porque están en la novena de aguinaldo donde uno de sus tíos.

Sí mami. También estoy invitado. Pero, preciso, ese es una de las cosas que me quita el sueño. Con ese tío no me provoca volver a cruzar una palabra en la vida. No he conocido un ser tan pretencioso y lleno de inquina como ese señor y, peor aún, su mujer. No me gusta hablar de nadie, pero esa levantada, se cree la reina del bambuco y, últimamente, camina como las garzas.

¿Cómo caminan las garzas? -preguntó Felisa- Nunca las he detallado.

Cuando levantan una pata la dejan suspendida en el aire como si no quisieran volver a tocar la tierra es como si levitaran a medias, pero, esa señora, pretende hacer lo mismo con las dos patas al tiempo y, por supuesto, algún día terminará en el suelo, pero la verdad, tiene las piernas igual de flacuchentas y arrugadas.

Una aguda carcajada de Felisa le espantó el sueño al gatito que estaba echado a los pies de la cama donde se desarrollaba la conversación.

En este momento también me da risa mami, pero cuando la veo de frente siento una mezcla de rabia y tristeza que pienso que, ni siquiera, sus oropeles brillan en la mediocridad de su ser.

Pero no dormir por esa estupidez me parece el colmo Mesías. Sospecho que me quiere engañar dándole vueltas al problema real o me está viendo cara de pendeja. ¡Deje la bobada y cuente la verdad! Al contrario, mami, cuénteme la verdad sobre ellos, cuándo los conoció y cómo hicieron el dinero que, según dicen, tienen en los bancos y en los otros negocios donde aparecen como socios mayoritarios.

Todo eso se lo puedo contar Mesías, pero primero, qué está sucediendo y por qué no puede dormir. ¿Qué ha escuchado y cuál es el problema con su tío? Intuyo que sucedió un episodio grave y, por lo mismo, no quiso ir a la novena. No me mienta y dígame bruta como su papá dice que soy, pero el instinto de madre no se pierde.

Con una risa socarrona Mesías miró a su mamá y, asintió, bajando los párpados e inclinando la cabeza. ¡Ay juemadre se está quemando la olleta del agua de apio! -Gritó Felisa- y salió corriendo hacia el primer piso donde estaba la cocina y se esparcía un olor a chamuscado.

Cuando volvió Felisa a la habitación, Mesías, tenía al gato sobre las piernas y le rascaba la cabeza para aliviarlo del susto ocasionado por el grito de alerta de Felisa.

Ahora si me convenció del instinto materno mami, pero desarrolló más el del olfato porque se huele los malos olores a metros. -Dijo Mesías- mientras se reía dando vueltas sobre la cama de la habitación y dejaba caer al gato sobre un tapete.

Preparé más agua de apio para tomar los dos y, ahora, si quiero oír con calma el lío con su tío.

No es nada grave. El cuento obedece más a mis fantasmas que a la realidad y por eso, mami, quiero saber primero la historia de ellos y, en particular la del tío Zacarías porque si su señora camina como una garza él lo hace como un pavo real.

Pero será como un pavo real cuando va camino a la olla, -dijo Felisa riendo-, es decir, sin plumas y sin aliento en la cresta para empinarla con aires de grandeza y engatusar a los demás.

Obsérvelo bien cuando se lo encuentre o, si quiere, alcance un álbum donde hay una foto de él. Está en la parte de arriba del armario.

No mami, tranquila. Le creo lo que dice, pero ahora, no me levanto ni para acostarme. Estoy cansado y, pienso, que es puro estrés porque, hoy, no he hecho mayor cosa.

En ese retrato de perfil, -prosiguió Felisa- Dios me perdone, pero los amigos tenían razón cuando lo llamaban caremarrano los que lo querían y, los otros, lo apodaban trompebuque porque, según ellos,

tenía los labios gruesos como una llanta. Son apodos feísimos, Mesías, no se debe ofender a las personas y, menos, resaltarles los defectos, pero imagínese, con la clase de gente que se relacionaba y, ante todo, en el gremio donde permanecía.

Tampoco se puede esperar mucho de aquellos que se ofenden cuando se les regala un libro o les da conjuntivitis cuando leen las pocas letras que están en la envoltura de un rollo de papel higiénico.

El ingeniero Zacarías -como se hacía llamar- porque había cursado un semestre en una entidad de cuyo nombre nunca pudo acordarse aprendió a valorar la vida por el dinero y lo interiorizó hasta la desfachatez que compartir un almuerzo con él, un pollo asado, era correr el riesgo de mirar cómo volaban las presas entre sus manos y, después, tener que pagar en la caja registradora el olor de ese animal criado y engordado a los verracazos en las veredas del hormonal.

Ese señor es la ambición enfermiza entre un cuerpo de noventa kilos y metro y medio de estatura que creció para los lados formando un globo corporal inflado con gases de fantasías.

Toda la vida se ha acercado a personas que aprovecha para sus propios intereses y, desde pequeño, ha admirado a los que portan armas. Para él, alguien, dueño de un revólver ajustado a la cintura se convirtió en un símbolo de grandeza y un hombre macho capaz de imponer su valentía con honor.

Desde que lo conozco lleva en el bolsillo del pantalón un llavero donde mantiene una navaja pequeña que usa para sacarse la mugre de las uñas y lo hace, precisamente, cuando está con los amigos para reflejarles el brillo en el rostro como si fuera el espejo de sus intenciones.

Zacarías compara la inteligencia con el grosor de la billetera sin cuestionar su procedencia o la manera de hacer fortuna. Lo importante, para él, es ser concreto en la vida y rapidito vender, comprar o permutar las cosas para satisfacer sus ambiciones de riqueza y ostentación con los demás.

Ese es el pequeño universo que mantiene en su cabeza -dijo Felisa mientras tosía hacia un lado-. Es la consecuencia, me atrevo a decir, de la pobreza que vivió llena de necesidades y, ahora, suple el vacío de su mente con las baratijas del consumismo porque, además, ese señor es alérgico al estudio y se enfurece cuando se le nombra a alguien que tenga cualquier relación con los libros.

Esto lo comento porque sufrí varias experiencias donde estaban varios amigos que les gustaba conversar sobre textos de historia, literatura, asuntos de política o de poesías y, por ejemplo, una tarde, estábamos en un asado y uno de ellos para saludarlo le dijo: ¿Cómo se encuentra maestro, encantado de conocerlo, se quiere tomar un vino? Pero el burro de su tío le respondió que él no era ningún albañil ni trabajaba en la construcción para que fuera a irrespetarlo de esa forma llamándolo maestro y comparando con un simple obrero de esos cargaladrillos.

¿Así de bruto es mi tío, mami?

No es tanto lo bruto Mesías. De bruto no tiene ni un pelo. Es la sobrades, la arrogancia y el maltrato que tiene en su relación con los otros porque si fuera bruto no podría tumbar y engañar a los demás haciéndose pasar por alguien que no es propiamente la historia de su pasado y, menos, los sueños que vive contando sobre el futuro de sus inversiones.

En otra oportunidad, no me acuerdo dónde, un muchacho le habló sobre la importancia de la ortografía para firmar documentos porque una tilde cambiaba el sentido de lo escrito y, de inmediato, se puso

bravísimo y, con una mano, golpeó una puerta gritándole que esas cosas le importaban un carajo, que no lo jodiera y, supiera, que él era dueño de dos haciendas sin hache.

Luego le dijo que si era tanta la importancia de la tal ortopedia o como se llamara esa vaina le mostrara cuántas haciendas tenía con hache para que un culicagado estuviera recomendándole pendejadas. Ese pobre criaturo no tuvo otra salida que pedirle perdón, excusarse varias veces y, de manera decente, se retiró de la reunión.

Cuando estaba terminando de contar las anécdotas Felisa escuchó unos ronquidos leves y miró al gato que igual que Mesías se había dormido.

¡Tan pendeja, me quedé hablando sola!

Mesías mijito despierte y se va para su cama. Son las once de la noche y no voy a seguir hablando sola como una idiota.

Sucede a menudo madre, perdóneme, pero es que le da tantas vueltas a las cosas que cualquiera se duerme y cuando uno cree que ya terminó sigue y sigue y lo peor es que no se entiende. Pero, un poquito antes de dormirme, puedo decirle que la historia suena interesante y voy relacionando los hechos, especialmente, el comportamiento del tío Zacarías envuelto en su papel de impostor.

12

El sol entraba por el ventanal donde se veía el árbol de durazno y un papayo en el patio trasero de la casa. En un rincón estaba la caja de madera donde dormía Flamenco, la mascota dálmata manchada por los avatares del hogar, donde se veía el chagualo que, aún, recordaba el ojo morado por el golpe de la tapa del betún que arrojó el patrón, años atrás, en el rostro de Felisa.

Sentada en una butaca con las piernas expuestas al sol, Felisa acicalaba a su perro y, en voz baja, le hablaba en la oreja mientras le acariciaba el hocico.

¿Cierto flamenquito que usted si conoce mis sufrimientos? Los dos que hemos vivido bajo el mismo techo, nos entendemos y guardamos los secretos de todo lo que ha ocurrido en esta casa. Ahora que estamos viejos y se nos cayeron los dientes podríamos pasar horas enteras recordando nuestras vidas y dejando que nuestras quijadas se abran a los cuatro vientos para reírnos y echarnos una pulga al aire. ¿Cierto mi manchadito? mi verdadero compañero, único animal fiel y solidario del mundo porque a los humanos no les creo ni un solo aullido. Solo hablan de sus vanidades y tratan de asustarnos mostrándonos los colmillos, pero esos no son colmillos reales como los suyos, los que ellos muestran son los de la ignorancia.

Las orejas de flamenco giraban según la frecuencia de la voz que reconocía desde cachorro, la miró con la gratitud de la ternura canina, levantó el hocico y lamió la mano de su protectora como señal de comprensión y entendimiento.

Gracias manchitas, dijo Felisa, apretando la mano que tenía flamenco sobre una de las piernas calentadas por el sol.

Con el hocico entre las manos y acercándolo a su rostro Felisa no pudo contener el llanto y una lágrima corrió detrás de las otras lágrimas para confundirse entre las mejillas y la fría nariz de su confidente.

Así han sido nuestras vidas -continuó Felisa- desde el comienzo de esta aventura, unas veces, caminando detrás de los cazadores de fortunas cuidándoles la espalda y, otras, abriéndoles el camino espantando a las fieras que, igual que ellos, mantienen bien afiladas las uñas para destrozarse la figura de los demás para, después, aparecer como víctimas y salvadores en los fandangos de la impunidad. La mirada de asombro de flamenco desbordó el llanto de Felisa que trataba de secarse con el dorso de la mano los mocos humedecidos por las lágrimas que corrían rodillas abajo.

Perdóneme flamenquito y no se ponga triste. Gracias por comprenderme sin juzgar ni reprochar lo que soy porque nunca me ha alzado el tono de un ladrido, nunca me ha lanzado objetos para desfigurarme y, a pesar, de sentirse amarrado a un collar, nunca ha sido irrespetuoso ni hiriente con los gruñidos. Siempre ha olido mi deseo de dejarlo libre, pero lo que más fortalece nuestra relación es entender que somos seres vivientes diferentes y nos queremos porque, jamás, me ha mordido por ser pobre. ¡mi perrito lindo!, esa no es su manera de husmear la felicidad.

¿Cuántas veces fuimos blanco de las patadas y los desprecios- Felisa siguió llorando sobre el hocico de flamenco- cuando nos echaban para la cocina porque, según los hombres, era una conversación importante de seres inteligentes? ¿Alcanza a recordar flamenquito? Porque esa memoria suya rastrea los pequeños detalles. Acuérdesese que los dos corríamos despavoridos con el rabo entre las piernas y nos sentábamos a esperar las órdenes desafinadas por la falta de humor y el incipiente entendimiento alterado por el calor de la embriaguez.

El hocico de flamenco subía y bajaba observando el rostro de Felisa. Movía la nariz y asentía las palabras expresadas con el más profundo dolor que el corazón de un humano le había dejado olfatear.

Por la actitud cómplice bañada con los lamidos de cariño, Felisa interpretó a su viejo perro que, ahora ladra echado, pero huele la podredumbre de los humanos que no dan puntadas sin dedal y, tampoco, comparten un hueso por estar untados de avaricia hasta los tuétanos de la deslealtad.

Cuando flamenco se dio la vuelta para que le rascara la barriga y abrió las extremidades, Felisa comprendió, que su viejo can había husmeado el mundo y sabía que los humanos sufrían de una sarna rabiosa por el orgullo y el encierro en el corral de las vanidades donde estaban confinados al consumo del estiércol industrial que producían, allí mismo, en su letrina de ilusiones.

Con las manos húmedas por las lágrimas y la viscosidad de los mocos, Felisa, seguía acariciando la barriga y haciéndole cosquillas a flamenco para reír juntos y hacer más liviana la carga que compartían o, quizá, para romper con la vergüenza que, hasta la risa, la privatizaron los humanos.

¿Por qué no contesta mamá? Llevo más de una hora llamándola y se hace la sorda o se está volviendo loca porque la escuché hablando con el mugroso perro. Dijo Félix desde una puerta que abrió en forma repentina- Además dejó la llave del lavamanos abierta y, por supuesto, no me irá a contribuir con el pago del recibo porque nunca le alcanza el dinero que heredó de mi papá.

13

Señora Felisa, ¿Qué le está pasando? -Le dijo Félix a su mamá en un tono de regaño- Sentado en el comedor auxiliar de la cocina y untando mermelada a un pedazo de pan, la seguía mirando de manera despectiva y algo de sorpresa.

¿Le dieron sopa de alacranes, mijo? ¿Por qué me mira con esos ojos de desprecio?

No señora, no la miro con esos ojos que dice, simplemente, observo que está actuando como las crápulas de su familia que nunca pudieron tener algo en la vida porque se la pasaron conversando de esos tales libros que cargaban debajo del brazo y, muchas veces, se quedaban hablando solos porque a nadie les interesaba y, así, estaba usted en el patio.

En esta casa lo único que faltaba era que la señora Felisa se dedicara a consentir un animal y a decirle secretos en las orejas como si entendiera, mejor dicho, mañana estará hablando con las flores, los troncos y esos pájaros que se comen los duraznos del árbol del patio porque, a la señora, no le queda tiempo para recogerlos y venderlos al vecino de la frutería.

En la vida cada quien se rasca como quiere -le respondió Felisa- y cuenta sus cuitas al que lo escuche o valore y desea compartir un trocito de tiempo que puede llenar un siglo de ausencia o profundos vacíos de cariño. Y en este hogar el que me escucha sin ladrar una sola pataleta es flamenco porque a los hijos se les olvidó quién les limpió el culo cuando chiquitos y entregó la juventud por sacarlos adelante. Ahora, la memoria se les volvió una alcancía de esas que regalan en diciembre con cara de marrano que, si no tiene la barriga llena de monedas, la echan a un lado así chille o hable sola.

Los ojos de Félix se abrieron como si se fueran a salir de sus órbitas ante las palabras de la madre y, con un semblante pálido se acercó a ella, le cogió la cabeza y, con voz pausada, le preguntó: ¿Mami quiere que la lleve al médico?

Con voz entrecortada y una mirada perdida, Felisa, le cogió las dos manos a su hijo diciéndole: las penas que se llevan en los abismos del alma no se curan con medicamentos embudidos en cápsulas de multinacionales. Sanan con el afecto de los seres que se quieren y, entienda, que las fórmulas espirituales no tienen precio ni fecha de expiración.

No olvide, Félix, la verdad de su mamá. A mí me cambiaron la vida desde que me dieron el alma por cárcel y colocaron los barrotes de la distancia por negarme a seguir atada a los grilletes que aprietan los pies en el bajo mundo de los bienes materiales.

Mami deje de decir pendejadas y conteste si quiere que la lleve al médico o prefiere que le prepare un agua de valeriana para que le pase ese delirio con el que amaneció.

¿Qué pasó anoche con Mesías que no se ha levantado y usted se despertó con malestar de pensadora? Discutieron o, como siempre, se arroparon y cada uno terminó hablando solo.

A propósito, Félix, porque se demoraron tanto. Nosotros nos acostamos hacia la medianoche y no habían llegado, supongo, que la pasaron chévere.

Llegamos después de la medianoche porque a Benjamín se le ocurrió comer perros calientes en esos sitios donde se paga caro, son malucos y se queda con hambre. Pero es la consecuencia de la mala crianza del bebé de la casa que paga y, dice, que para eso su papi tiene plata.

Pero... cómo así Félix, ¿entonces la invitación donde su tío no incluía algo de comida?

Al principio dieron unos pasabocas chistosos y, digo eso, porque eran papas criollas ensartadas en un palillo que tenía un pedacito de morcilla y en la punta una muestra de queso campesino. Ese era el mejor porque el otro era una papa chorriada que tenía encima un trozo de huevo cocido con una aceituna y, a cada uno, se le ofreció una cerveza o una copa de aguardiente.

Lo cierto, madre, es que a las diez de la noche los tíos estaban borrachos discutiendo sobre los grandes negocios y, por supuesto, el tío Zacarías, desfilando como un marrano estrenando lazo y hablando duro de su riqueza.

Felisa soltó una carcajada que despertó a Mesías y, asustado, apareció en las escaleras desde donde gritó, ¿Qué le pasó a mi mami que se está riendo como si estuviera llorando?

¿Está bien, Félix?

Si Mesi no se asuste, ya sabe, cómo es que se ríe ella. Tranquilo.

Venga Mesi, baje rápido y cuénteles a su hermano cómo le decían a su tío Zacarías los amigos, ¿se acuerda que anoche le iba a mostrar una foto?

Sí mami. Unos lo llamaban caremarrano. ¿Por qué?

Felisa volvió a soltar una carcajada y le dijo a Félix ¿Cómo era que caminaba su tío anoche? Cuénteles. Mi mamá se ríe de unas pendejadas que, a veces, me da tristeza -dijo Félix- mirando a su hermano. ¿Qué pasó con el caminado del tío y cuénteles cómo les fue? -Dijo Mesías-

Lo mismo de todas las reuniones y el caminado de siempre. Lo único diferente es que cambió de llavero y, ahora, tiene un revólver chiquitico colgando del bolsillo.

¡Ah! Esperen un momentico. Lo que sucedió raro en la reunión es la parte cuando el tío le pidió a la señora esposa que se sentara en otro lado y, ella muy digna, le respondió, que no se iba a ir para la cocina porque también tenía derecho a hablar y a intervenir en las charlas, así no le gustara a nadie, porque estaba resuelta a no dejarse humillar como lo hacían con las otras mujeres y, le recordó que, lo que él tenía era por su hermano y, no propiamente, por su trabajo o sus famosos negocios.

¡Ay juemichica Félix! -Dijeron al unísono madre e hijo- y lo miraron despavoridos.

¡Y pum...tremenda cachetada de su tío Zacarías en la jeta de la señora! -Dijo Felisa-

No. No reaccionó así. Creo que sintió pena porque todos habíamos oído las palabras de ella y los estábamos mirando con asombro y bastante desconcertados frente a los hechos.

Pero cuénteles qué pasó, qué le respondió porque, muy raro, que no le hubiera dado su palmadón en la cara, sabiendo, que todos ellos reaccionan de la misma forma. -Insistía Felisa-

Ahí viene lo asombroso. Se acercó a ella y cogiéndole el mentón le dijo: ¿por qué has perdido el sentido del humor mi reinita, mi cuchicuchi? Le dio un beso en la mejilla y, mirándonos, levantó una botella de cerveza diciendo: el trago cumple con su deber y, esta noche, la reina de la casa puede decir todo lo que quiera y hasta cortarme los servicios.

Todos se confundieron entre una desparpajada risa que brotó de la hipocresía de los labios de los borrachos, como también lo estaba la recién elegida reina que, seguramente, perdería la corona cuando quedara sola y, los invitados, hubieran abandonado la tarima de la consagración.

¡Pobre mujer! Imagino la muenda que le dio su consorte por haberlo hecho quedar como un zapato delante de todos y atreverse a poner en duda el principio de autoridad que promulga a los cuatro

vientos cuando grita que el que lleva los pantalones en la casa es el hombre porque que la mujer no puede decir ni mu. -explicó Felisa a sus hijos-.

Mami me estaba contando anoche parte de la historia del tío Zacarías-le dijo a Félix- pero como le da tantas vueltas al cuento me quedé dormido. Propongo que mientras desayunamos nos relate pormenores de la historia y, si quieren, voy preparando chocolate o lo que les guste. A Benjamín hay que dejarlo dormir porque, siempre, se levanta a las tres de la tarde y emprende camino a gastar la platica que le da papi para mantenerlo comprado.

Voy a hacer un jugo y les voy contando cositas que casi nadie conoce. Los que las vivieron se siguen haciendo los moscamuerta y posando de honorables porque se han comprado hasta los mismos curas. La famosa reina-dijo Felisa en tono fuerte- era una niña recién salida del campo y su acento chillón era causa de burla entre los más cercanos. Recuerdo que con el frío de esta ciudad se ponía sus faldas cortas y unas blusas llenas de florecitas como se vestía en la vereda.

¡Pobrecita! Cuando se la presentaron a su papá nos dimos cuenta de su humildad y, hay que decir las cosas como son, él se portó muy bien y me pidió que la acompañara a comprar unas muditas más apropiadas para la tierra fría. Nosotros fuimos buenas amigas y nos sentábamos a charlar en las reuniones cuando nos echaban para la cocina.

¿Le echo más cebolla que tomate a los huevos Félix? -Preguntó Felisa-.

Si madre. Tranquila. Siga contando que suena interesante la vaina. -Respondió, mientras se servía más jugo de la jarra que estaba sobre la nevera-.

Un hermano de ella con la misma pinta pueblerina se presentó para ingresar como oficial del ejército e ingresó a esa famosa escuela donde se forman como servidores y héroes de la patria, dizque, para defender los intereses de los ciudadanos y entregar su propia vida protegiendo la nación de las garras del comunismo. -Les dijo sonriendo de una manera socarrona- ¡ojalá Dios no me castigue por dudar del honor de esos héroes que se esconden detrás de un uniforme!

¿Y...entonces que pasó madre? -La interpeló Mesías-.

¿Entonces qué pasó? Ahí está el secreto. -Parapanpan dijo Felisa con voz de suspenso-, pues imagínense que a los pocos años su tío Zacarías se convirtió en un hombre rico por obra y gracia del sudor y los enfrentamientos de su cuñado en campo abierto contra los librepensadores que recorrían los campos y las veredas de nuestro país. Por lo menos ese es el comentario que se filtró entre la familia y ellos, su tío y el cuñado, siempre hablaban de la prosperidad de los negocios y cómo invertir en lo que fuera más rentable.

Pero madre-dijo Félix- esos militares no tienen un sueldo alto. Ellos tienen unas prebendas y un poco de bonificaciones y auxilios para los hijos con otro poco de carajadas, pero para que hagan un capital grande para invertir no creo. Eso me huele a raro.

Sí señor. Es el mismo olor a podrido que pude olfatear cuando noté que de la noche a la mañana cambiaron de vida. Son los milagros de Dios, -rió Felisa- se acuesta pobre, sin un centavo, y amanece enrollado en billetes y, entre las sombras del amanecer, bien temprano, se lavan las sábanas raídas de la memoria para que no se sepa el pasado y, mucho menos, con quien se compartió los años de pobreza. ¡Como si ser pobre fuera un delito!

¡Uhm! Lo sospeché desde un principio como dijo el chapulín. -Vociferó Mesías- que se encontraba lavando la loza pero atento a la charla- Eso era precisamente lo que intentaba saber anoche madre. Pero ahora que estoy despierto y empezando el día no me quedan dudas sobre lo que he pensado desde hace varios años y, claro, esos son los comportamientos raros del tío.

Además, siempre he observado que ese par de socios viven secreteándose y riendo como los adolescentes que hicieron una fechoría y la quieren ocultar. Palabras más palabras menos se montaron una lavandería donde limpian la ropa sucia, almidonan cuellos blancos y planchan los billetes que los clientes dejan en los bolsillos. ¡Qué vergüenza para la familia! Y lo peor es que se jactan de lo que tienen y cuelgan la vanidad de un crucifijo de oro en sus gargantas.

14

La noche cuando Denario se enteró que tendría un tercer hijo con Felisa tomó la decisión de abandonar el hogar. Su nuevo mundo lo concentraría en disminuir la pérdida monetaria que ocasionaría la separación de cuerpos o el anhelado divorcio. Atrás dejaría los sueños que se juntaron en la arena movediza de los afectos.

En el hogar abandonado corrían leves vientos de libertad que, de manera extraña, se desvanecían entre una nube negra de recuerdos. Los vástagos celebraron la ausencia del padre recordando entre pantomimas los gritos y los castigos. Agradecieron a Dios por protegerlos del maltrato humano y de las noches de terror cuando buscaban escondites huyendo del rejo que ondeaba entre las manos del padre todopoderoso que daba rienda suelta a su instinto de formador de hombres machos y valientes. En la mente de Denario se desató una obsesión que empañaba los negocios con los fantasmas de una paranoia para encontrar donde esconder los bienes adquiridos dentro del contrato conyugal. Tenía claro que perder a los hijos era un problema pasajero, pero perder unos centavos, lo llevaría a quedar sepultado en vida.

Hacer hijos en la vida no exige el esfuerzo que se necesita para tener dinero -Decía en un céntrico café con voz impostada y un dedo acusador- y sepan amiguitos que el amor de las nenas brilla en los ojos cuando se les muestra la billetera. Entiendan miserables por qué a ustedes no los miran con el mismo cariño y esas viejas se pierden cuando les palpan los bolsillos pelados. Ellas no son brutas y, siempre, se arriman al que les promete un futuro lleno de alhajas y les compra vestidos que, noches después, se les hace quitar para ver la desnudez de la pobreza.

Las noches de bohemia en los cafetines se engalanaban con la hipocresía de los amigos que, allí, le decían Don Denario y le rociaban el ego con las gotas del licor sobrante de sus copas para expresarle su admiración por el talento comercial. Eran noches de derroche en salones iluminados con farolitos rojos que expedían fuertes olores a incienso mezclado con el sudor de la lujuria donde el humo de los cigarrillos se esparcía entre los cuerpos embriagados y la euforia ética de las damiselas que distraían el sueño del portador de la chequera.

Todas las mañanas, muy temprano, Denario se cubría de anillos la mano derecha, se ponía un reloj que, según él, marcaba las horas en millones y un crucifijo con incrustaciones de piedras preciosas que colgaba del cuello y enceguecía a los que lo miraban. Esos bienes de seducción enloquecieron a las tres mujeres que año tras año se convirtieron en las madres de los otros hijos y, según, las palabras del reproductor, eran fruto del verdadero amor porque ellas sí entendían de negocios.

La disminución del patrimonio seguía flotando en la cabeza de Denario que acosado por sus propios fantasmas empezó a ver en las puertas de los negocios muñequitos envueltos en trapos viejos con olor

a ortiga y pedazos de espinas de rosa producto de brujerías que, aseguraba, pagaba Felisa para destruir su fortuna y lograr el pronto retorno a la casa.

Desesperado con sus propios espectros buscó ayuda para saber a qué horas y quiénes hacían los rezos en los establecimientos y, así, calmar sus angustias. No fueron pocas las horas de seguimiento para hallar la verdad de los hechos. Meses después, Denario, descubrió su propia verdad y supo que, en efecto, había un anciano que colocaba esos menjurjes para espantar los ratones y todas las noches le prendía una veladora al retrato de la virgen de los encantos escondida en el costal que llevaba al hombro y le servía de almohada.

El terror por las posibles pérdidas lo llevó a buscar el divorcio. Acostumbrado a comprar el mundo material lo intentó en el de los bienes espirituales porque, pensó, la peor diligencia es la que no se hace y, decidido, le contó al pariente prestamista experto en el asunto de los arcanos religiosos.

La estrategia fue diseñada por el encomendero de Dios en la tierra que mantenía fuertes vínculos con la banca del Señor donde, siempre, se sentaba a su diestra. Conocía al dedillo el aspecto financiero para la rendición de cuentas respaldadas por el sello sagrado de las escrituras guardadas en los registros notariales.

Se fundó la congregación de los testigos de don Denario y, a cada creyente, se le recordaba las generosas dádivas étlicas en las noches de lujuria y, se les recordaba, los préstamos de pequeñas sumas de dinero con intereses mínimos determinados por la sumisión de los últimos años.

Entre misas y comuniones fraternales los testigos, según el plan, acudirían a los estrados religiosos donde la silla eclesiástica estaría ocupada por el abogado del juicio final encargado de anular lo que Dios había unido para siempre y que, por obra y gracia de los tentáculos comerciales, se atrevería a deshacer, bajo juramento, desde el día que le afinaron el oído con el sonido del monedero.

La avaricia, la ambición y la codicia se juntaron para representar tres personas distintas y un solo negocio verdadero. La habilidad de Denario para manipular con el billete le permitió comprar la conciencia de los amigos y familiares que, muy complacidos, se vendieron para servir de testigos y declarar sobre el estado mental de Felisa. Según el diagnóstico de los sicólogos financieros de la congregación recién fundada, Felisa estaba loca desde la niñez y, esa versión tenía que ser repetida por cada testigo en la audiencia eclesiástica, so pena, de caer en desgracia.

15

Los pastizales y el verde de los eucaliptos en la hacienda del tío Zacarías traía a la memoria de Denario los primeros años de la infancia impregnados por la maleza de la miseria. De repente, como Saulo en el pasaje bíblico, un rayo iluminó su mente y lo convirtió en el arma mortal con el cual destrozaría las herejías económicas de Felisa.

Recordó su trabajo en el lavadero de carros y la imagen de don José, el señor, que lo instaló detrás de un mostrador.

¡Es él, sí, él puede ser, él es el preciso! -Repetía, con tanto escándalo- que los perros comenzaron a ladrar y, desde la casa, se escucharon voces preguntando qué estaba sucediendo y, mirándose con sorpresa, comentaban que Denario estaba chiflado.

Medardo, el hermano más cercano a Zacarías, se acercó para contarle que Denario estaba preocupado por la repartición de bienes que, según la ley, correspondía por igual a cada una de las partes porque se habían adquirido dentro del matrimonio.

Con una sonrisa que expedía el mal aliento de la digestión espiritual,- Zacarías le respondió en voz baja- que todos los problemas se arreglaban con plata y, si algo tenemos en esta familia es plata, usted sabe cómo es el asunto y, no creo, que se esté volviendo bobo.

Con el paso de los años -dijo Zacarías mientras caminaba con Medardo- cualquier persona inteligente entiende que en el maravilloso mundo de la fantasía el dinero se hace, se reproduce y se esconde.

Creo que estaba buscando salidas -respondió Medardo- para declararse en quiebra o en insolvencia que llaman los abogados, pero, en el mundo del comercio, encontrar a alguien que no le guste el dinero, que no se deslumbre por las cosas materiales y sea, totalmente, ajeno a las movidas chuecas es como buscar una aguja en un pajar. De esos con cara de yo no fui son los que he conocido en los últimos años y, a veces, quedo asustado de todas las mañas que conocen y las truculencias que se inventan para salir victoriosos porque no soportan perder una sola jugada en el tablero de sus intereses. Con cara de sorprendido, -Zacarías miró a su hermano- le hizo un guiño con el ojo derecho y le preguntó dónde estaban los amigos de los que hablaba y por qué los había conocido.

Es una historia larga que se la cuento después porque nadie la puede saber. Usted y yo conocemos nuestros secretos y la forma de rascar las ronchas, pero a nadie más le debe importar. Denario está sentado en la hamaca cuidando los perros, pero, pienso, que lo debemos oír y acompañar para que se desahogue o, a lo mejor, se le pueda dar luces para que solucione ese embrollo.

Los perros corrieron a dar la bienvenida al dueño de casa que en cada paso erguía el cuerpo y estiraba la mano para que la lamieran los caninos agachados en señal de sumisión. Su instinto servil olía el plato de comida en las manos del amo.

Está de malgenio o está preocupado- le preguntó Zacarías a Denario- cuando le vio la cara tensa y apretando los dientes como queriendo morder y destrozarse, al mismo tiempo, las rencillas que le producían dolor.

Un poco preocupado, pero creo, que ya tengo la solución -dijo Denario- para quitarme esa infeliz de encima porque no voy a dejar que se trague parte de mi trabajo y se salga con la suya.

¿Qué ha pensado hacer porque esta mañana estaba gritando de la dicha o estamos equivocados?  
-preguntó Medardo- mirándolo fijamente y fingiendo una voz de complicidad.

Voy a poner todo a nombre de don José, el que me hizo comerciante y en el único que confío porque -contestó Denario- es honesto, adulto mayor, no tiene hijos que estén esperando una herencia, el cucho está muy enfermo y no le interesan las inversiones. Ellos están muy viejos y, en varias ocasiones, me han dicho que lejos de los negocios encontraron la felicidad y, ahora, solo quieren disfrutar la vida y morir tranquilos.

Los dos hermanos acompañantes se miraron, se acercaron a Denario y como señal de aprobación le estrecharon la mano y, de encime, le dieron un suave golpe en la espalda complacidos con la estrategia trazada para ir, paso a paso, aniquilando a la madre de los hijos mayores, con quien compartió los años de pobreza y abandonó cuando la fiebre de la soberbia se le subió con el calor del mercantilismo.

Si usted confía en él plenamente no le veo problema y, a propósito, que ha pasado con los papeles del divorcio -dijo Zacarías- mientras le pedía un cigarrillo a Medardo que estaba tomándose una cerveza y celebrando el plan inteligente de Denario.

Esa desgraciada es una lacra con suerte porque -respondió Denario iracundo- me he tirado un poco de billete y nada que aprueban esos papeles. A lo mejor, esos curas sabiendo lo que podía pasar me sacaron el billete y, ahora, dicen que no es posible porque el Santo Padre que vive en Roma es solo bla bla bla y me embolatan con tres padrenuestros y una avemaría. Siempre que los visito se hacen los pendejos, pero el error consistió en pagarles por adelantado todo lo que cobraron que, aclaro no fue cualquier chichigua y, a lo anterior, sumen lo que les pagué a los testigos.

¡Esa señora no tiene perdón de Dios! ¿Por qué quiere agarrar el dinero si lo único que hizo en la vida fue criar esos tres chinos que están siguiendo los pasos de ella?

Lleno de rabia y dando manotones al aire, denario, caminaba por el corredor de la casa vociferando contra los recuerdos y la angustia que le producía la posibilidad de que Felisa se quedara con lo que, en realidad, le correspondía.

Voy a decir algo que guardo en mi corazón y, por favor, sin justificar a nadie y sin que se vaya a ofender Denario porque, usted estalla por cualquier cosa que se le dice, pero a Felisa no se le puede culpar de todo y, yo Zacarías, la conocí hace muchísimos años y sé que ella no se desvela por la plata porque, su único interés, es la educación de los hijos que son los hijos suyos Denario.

Perdón si lo ofendo, pero es triste oír la forma como se refiere a ella y pienso que no se merece esas palabras con las que la quiere menospreciar. Ella siempre ayudó y trató con cariño a toda la familia cuando ustedes vivieron juntos.

Denario se levantó de la silla donde acababa de acomodarse y con la ira retenida dirigió la mirada a Zacarías recordándole, con gritos, que no olvidara que por él tenía lo que tenía y se acordará dónde trabajaba y cuánto ganaba antes de emplearlo en su negocio.

¡Lo único que me faltaba en la vida! -Gritó Denario parado en la puerta del corredor-.

¡Dios protéjame de Caín! Mi propio hermano defendiendo a esa miserable que intenta dejarme en la cochina calle. Con las manos temblorosas abrió un portón grande, recogió una chaqueta y se dirigió a la camioneta para emprender el viaje de regreso.

Al escuchar la frenética reacción de Denario, las mujeres corrieron a suplicarle que se quedara a almorzar y, por amor a Dios, perdonara a su hermano que no entendía lo que decía.

En un acto de resignación, pero con la satisfacción de haber obrado bien, Zacarías, le pidió excusas a Denario, lo tomó del brazo y, poco a poco, se acercaron a la casa. Sentados y en completa calma se le invitó a olvidar las palabras de agresión y a disfrutar de la sazón de la casa.

16

No le ruegue más a su papá Félix -le dijo Felisa- la tarde cuando Denario le negó la ayuda para continuar los estudios y regresó a la casa materna. Allí contó la tristeza que sintió cuando su papá le gritaba que se había arruinado por culpa de su miserable mamá.

Con profundo dolor y los ojos humedecidos por las lágrimas, Félix, sostenía la respiración y a empujones relataba la discusión sostenida horas antes con el padre. Entre sollozos dijo que su papá con rencor y ojos de odio le confesó que ninguno de los tres hermanos era fruto del amor porque a esa bruja, pobre diabla, nunca la había querido y que, ojalá, permitiera Dios que pagara en vida todo el mal que le había causado quitándole parte de su dinero.

Mijo no le pare bolas a su papá y deje de sufrir por eso. Entienda que la vida para él es solo dinero. Cuando lo conocí supe eso y comprendí que su verdadero amor era una billetera con ojos verdes que lo mirara en dólares. Nunca reconocerá que me enamoré y, no me duele decirlo, de su pobreza, pero admiraba el deseo de trabajar y esa ambición que lo caracteriza.

Son cosas de la vida. Para muchos están determinadas por Dios y para otros, simplemente, las buscamos y metemos la cabeza hasta quedar bien trasquilada en el rosal que se miró primero. En esa edad las espinas son una prueba de la vida y se crece soportando el maltrato, dizque por amor, con el cuentico pendejo que se sufre cuando se ama y, entonces, como a una la quieren la aporrean.

Siempre se creyó que tener novio era lo mismo que tener amo y encontrar un único dueño era el designio del destino. Ese es el pensamiento de su papá, pero es mejor, agradecer a la vida que Denario no actúa como su abuelo porque ese viejito si encarnaba el terror del mismo demonio de los azotes.

¡Ojalá, Dios mío, se lo pido con todo el corazón que mis hijos no hereden la manera de ser del taita y sus esposas no sufran lo que he padecido en esta vida! -Exclamó con lágrimas Felisa-, mientras ponía su canosa cabeza en las rodillas del hijo.

La mirada de Félix estaba confundida entre el ramaje de frases de la madre, la imagen del padre y los sueños horadados por la realidad patética de los actos y el frío comportamiento del ser que cuando niño idealizó y predicaba el amor como una circunstancia rodeada de intereses tapados con la alfombra deshilachada del egoísmo.

Sobre la rodilla de Félix corrieron algunas lágrimas que quería ocultar Felisa, pero la imprudencia de los sentimientos y la angustia del vacío materno no pudieron controlar.

Tiene el pelo más blanco y tiene canas hasta en las cejas mami -observó Félix- acomodándole los rulos que con frecuencia usaba Felisa para dar un bucle de distinción a sus desperdigadas mechas.

Es cierto mijo, pero jamás, voy a tinturarme la pelamenta. Pienso que el color blanco expresa transparencia y tranquilidad de conciencia. En esta vida son contados los pelos de satisfacción cuando se busca la felicidad en el mundo exterior donde crece la caspa y olvidamos las raíces donde se crían las ideas que, de vez en cuando, expresan un parpadeo feliz con la complicidad de uno que otro pestañeo.

Una risotada de Félix, sacó de su embeleso a Felisa, que lo miró asustada y le preguntó de qué se reía o si, acaso, le parecía una estupidez la reflexión sobre la esencia de la vida y los prejuicios sociales que oprimían el cerebro más allá de la pérdida de una blonda cabellera.

¡No mami, no sea boba! -Respondió Félix sin dejar de reír-. Es que, sumercé hace toda una poesía y habla y habla sobre los pelos y no se acuerda que mi papá es calvo y tiene la cabeza como una bola de billar, a pesar, de gastarse una millonada en tratamientos, pero, cada día está peor y, bueno, él no pierde la esperanza de volverse a peinar algún día. Ahí sí tiene toda la razón mami, con la plata no se compran pelos.

Felisa miró el reloj y se percató que eran casi las cuatro de la tarde. Había olvidado sacar la ropa de la lavadora y servir la ración de concentrado a la mascota de la casa que estaba gruñendo en la puerta de la cocina reclamando sus derechos.

¿Si escucha Félix? Ese animalito entiende que si no ladra no roe hueso. Es bien inteligente y cariñoso y, además, agradecido.

¿Mijito me acompaña en la cocina mientras hago oficio? Vamos resolviendo el problema del estudio y, de una vez, tomamos chocolate con queso para calmar los antojos.

Si madre. De todas maneras, me preocupan las peloterías con ese señor. Sé y entiendo que es mi papá, pero es insoportable y muy ofensivo porque tiene dinero y como dicen, por ahí, el palo no siempre está para hacer cucharas.

Ayúdeme, hijo, a poner los cubiertos en la mesa y yo hago el resto. Siéntese en su silla favorita y, supongo, que el chocolate lo quiere con almojábanas y un buen de queso de cabeza que es su favorito. Sí mami lo de siempre, pero sin alegatos porque las palabras hirientes queman más que un chocolate hirviente. ¡Uff! Mami me salió en verso. Tengo lengua de poeta. -Gritó Félix- reclinándose en la silla y poniendo los pies sobre el asiento que estaba cerca al comedor.

Vea mijo, no nos preocupemos por la plata que de alguna forma la conseguimos. Por ahora, pagamos con la tarjeta de crédito que el cupo está disponible y, después, pensamos en cómo pagar las cuotas. Lo importante es no quedarse sin estudio y, tampoco, vamos a permitir tantas humillaciones de su papá. ¡Bueno es culantro, pero no tanto!

Gracias madre. La verdad es que todos estamos cansados con el proceder de don Denario y lo nombré así porque siento que no se ha portado como un papá. Nunca recibimos una expresión de cariño y menos un gesto de ternura. Crecimos y nunca pronunció una sílaba de amor que hiciera eco en nuestros corazones o resonara en los oídos y se pudiera entonar en los momentos de soledad o de alegrías o donde fuera posible recordarlas y, evocar, por una sola vez, la mano acariciadora o la voz apacible que consuela el llanto en la infancia o en la adolescencia o a cualquier edad.

Bueno mami -prosiguió Félix- tuvimos una infancia destemplada. No importa. El llanto no tiene edad. Las lágrimas corren fuera del tiempo y el espacio. Son inmortales.

No hago reclamos, pero es triste madre. Solo se tiene el ingrato recuerdo de los gritos, el soplido de los fuetazos y el eco, como el péndulo de un reloj, repitiendo a cada instante que el billete es el que manda en este mundo.

Hijito, no se puede llenar de rencillas con su papá. No se puede reproducir el odio y el rencor entre la familia como él lo está haciendo, para justificar y ocultar una actitud propia de la educación de su infancia.

Félix, los libros y el estudio existen para entender otros mundos posibles y, usted, no puede caer en la misma trampa que pisó su papá y el entorno familiar. Ellos huyeron de los principios de la moral, la ética y el respeto por la diferencia para terminar gritando que las personas valen por lo que tienen.

Pobrecitos, crecieron con otros valores, otros sueños arrullados por el ventarrón del rebusque para sobrevivir y, digo pobrecitos, porque nadie tiene la culpa de crecer entre la fetidez de la miseria y, después, intentar tapan el mundo con la fragancia de la estupidez.

¿Quiere que le sirva más chocolate o qué otra cosa quiere comer? Lo noto cansado Félix y eso es pura preocupación por la pelea con su papá.

Acuéstese en su cama y, si lo veo durmiendo profundo, lo despierto mañana temprano. Si necesita algo voy a estar en el cuarto de abajo planchando la ropa mientras veo una telenovela que me ha gustado y, precisamente, el tema es sobre conflictos y violencia intrafamiliar. Pero ninguno le da por las rodillas a su papá en la convivencia. Ese es un caso aparte.

17

El celular de Zacarías sonó cuando la discusión con la señora estaba en la parte más acalorada del asunto en cuestión. Mi hermano llamó esta mañana y le dejó el mensaje que lo llamara urgente. ¡Qué pena, pero por estar en estas discusiones se me pasó! -Le dijo Tránsito a su esposo- y le alcanzó el teléfono.

Si es él. Ahora qué pasaría porque esos afanes nunca los tiene. -Le respondió Zacarías y se alejó hacia un pequeño balcón tratando de ocultar la charla con el cuñado-.

¿Zacarías, socio! ¿Zacarías me escucha? La señal está muy débil, pero escúcheme, ¿me copia? Sí, lo escucho, ¿está bien, qué pasó?

Oiga cuñado. Pare bien la oreja en ubicación de radar. Se nos cayó el viaje por ahora. Cancele los tiquetes porque no me aprobaron la licencia y cambiaron de comandante. Con el nuevo no tengo confianza y toca demostrarle lealtad y eficiencia en el servicio. Para el mes de septiembre se puede realizar el paseo y, es mejor, porque empieza el otoño y baja el calor. Mientras tanto, comisiono otro puchito de los verdes para divertirnos a pierna suelta con las rubias y las morenas. Todo es cuestión de tiempo y, recuerde, que se debe lavar bien la ropa para estar siempre limpio.

Saludes a mi hermanita y que pare de sufrir porque se le puede alterar la tensión y quedar como un pollito en cualquier momento.

¿Cuál era el afán de la llamada? ¿Él está bien? -Dijo Tránsito-, mirando con furia a su marido.

La comunicación está deficiente y no le entendí muchas cosas, pero, lo que sí oí bien, es que se cancela el viaje hasta el próximo semestre y, fíjese bien, ahí quedaron los reclamos y su pelotera por las vacaciones de julio. Cuántas veces le he dicho que no hay que ensillar antes de traer las bestias, pero, la terquedad y las ganas de alegar, se acabarán cuando me canse y no vuelva más a este infierno de casa. Me compro otra y me voy a vivir donde nadie me joda y esté lejos de la cantaleta.

¡Nadie lo está reteniendo, sin marido también se vive y si quiere le empaco sus chiritos! -Contestó irascible y pálida de la rabia-.

Pero a mí, Zacarías Camacho, no me viene a maltratar como lo hacía su hermanito con Felisa. Ella como una idiota, siempre agachó la cabeza y se aguantó todo portándose como una oveja y, claro, después la esquilmó quitándole toda la lana junto con la dignidad y de premio de consolación le tumbó lo que le pertenecía en complicidad con los amigos.

La señora Tránsito un tantico brava, caminó hacia la cocina y, en un arrebato colérico, dio media vuelta y se le encaró de nuevo, mostrándole los ojos desorbitados y un hilito de babaza que se extendía en los labios morados.

¡Salga por esa puerta y a vivir tranquilo, solo como un perro suelto que no tiene a quien ladrarle! -Le gritaba con voz chillona- y, cada vez, que lo miraba le subía el tono y más se le se le acercaba, casi restregando en el propio rostro de Zacarías, un sartén que agitaba con la mano derecha y contenía cuatro huevos con harina para preparar la torta del almuerzo.

Al volver a la casa, hora y media después, con ojos de cordero degollado, Zacarías, le entregó, simulando una sonrisa, una pequeña caja que contenía un pollo asado con yuca frita, papas saladas y dos pequeños recipientes con ají picante.

Era la comida preferida de Tránsito. Le recordaba la felicidad que sentía al recibir sus primeros sueldos como cajera en un almacén y se daba el lujo de almorzar con pollo frito como cualquier ricachón del pueblo. Varias veces invitó al que años más tarde sería su marido pero que, aún comenta, nunca tuvo la cortesía de pagar ni un a la de lo que consumía con tanta rapidez y capacidad digestiva.

¡El pollo me lo como pero ni se le ocurra pensar don Zacarías que con esos huesos me va a contentar o a embolatar!

Detrás de la puerta está la caja de cartón con los calzoncillos y una muda de ropa para que se vaya a sus tres mierdas porque conmigo las cosas son como son y no me dejo comprar por un desplumado pollo que, sabrá Dios, si no está untado de algún tóxico para que me echen ligerito en un horno como a esos animalitos y, usted, quedarse dando vueltas en la rueda de la fortuna.

¡De tal palo tal astilla! -murmuraba en la cocina mientras abría la caja y destapaba el ají.

¡Este estúpido es igualito a toda esa parranda de machos de su familia que creen que con la billetera arrodillan a todo el mundo; Se le olvidó que mi hermano es el que pone el dinero para tener lo que vive mostrando y sacar pecho ante el mundo. ¡Pobre pendejo!

¿Le sirvo gaseosa para que no se atragante con los huesos Señor Zacarías?

Él la miró desde una pequeña ventana que daba contra la cancha de basquetbol del conjunto residencial y, allí, oía el grito de entusiasmo de los jugadores. En un plato desportillado echaba las cenizas de un cigarrillo que lo ayudaba a permanecer en silencio mientras se calmaba la tormenta que, parecía, no amainar pronto en las aguas conyugales de su hogar.

Con la parsimonia de un ser frío y calculador, Zacarías, retiró una silla del comedor y se sentó frente al televisor de la sala que prendió con el control remoto para dedicarse a ver los noticieros del mediodía.

En una bandeja de icopor, Tránsito, sirvió la pechuga, el pernil, dos alas con tres papas ensartadas en un tenedor y arrastró una mesa auxiliar junto a su marido, simuló reír y con acento irónico dijo: ¡Lo único que le faltaba al señor es que, a estas alturas de la vida, posara de inteligente y se dedicara a ver noticias para simular que entiende las porquerías que suceden en este país! ¡Eso se le ve mal! ¡Creo que ni siquiera es capaz de comprender que al mico, aunque lo vistan de seda mico se queda!

Mejor trague rápido que es lo que sabe hacer y, por favor, no empiece a chasquear que me acuerda de sus hermanitos y me da carraspeadera porque qué familita para desconocer las mínimas normas de compostura en la mesa del comedor y, ni cuenta se dan, cuando se hurgan las muelas con los dedos en la jeta porque, solo la virgen purísima sabe, dónde los tenían metidos antes y míreme y entienda, don Zacarías, que el valor del billete es diferente a los valores de los buenos modales y una untadita de urbanidad.

Con cierta indiferencia, pero la conciencia clara de las circunstancias, Zacarías, fue devorando las presas del pollo que, pensó, serviría de pararrayos frente a la granizada verbal de la tormenta hogareña. Tránsito lo miraba de reojo, pero al pasar un bocado se atragantó y comenzó a toser tan fuerte que, su propio marido, la alentó con dos fuertes palmadas en la espalda para auxiliarla.

Sin embargo, cuando controló la tos, Tránsito, hizo unos movimientos de hombros, se reincorporó y continuó lanzando dardos con un aire débil pero eficiente. ¡Hablarle a usted es como hablarle a una bestia pero, al menos, esas mueven las orejas!

La enojada esposa tenía toda la razón y, Zacarías, se quedó profundamente dormido cuando un programa sobre cultura general estaba siendo retransmitido en uno de los canales institucionales.

18

Al atardecer las nubes caían sobre la contaminada ciudad y las bombillas del alumbrado público se encendían como señal de la llegada del invierno. Tránsito enchufó un calentador pequeño y lo graduó a temperatura ambiente, mientras, ofrecía trozos de bocadillo con queso a su marido como un gesto de conciliación. Después de brindar más mecato se sentó cerca y le pidió a Zacarías que le contara sobre la llamada de su hermano.

Si no me va a ofender y a echar en cara la ayuda que, no niego, me ha dado el cuñado le puedo contar pero, quiero recordarle, señora, que sin mi colaboración, él tampoco podría hacer lo que está haciendo porque no es fácil encontrar personas honestas y nadie le va a creer que con un sueldo de oficial se puedan tener tantas cosas y darse la vida de millonario que se da rodeado de botellas de whiskey, mujerzuelas con afanes monetarios y, esa música paraco-militar, que lo hace llorar y convulsionar cuando la escucha.

Usted misma, señora, ha disfrutado las ganancias de todos esos negocios chuecos donde he puesto mi nombre, por consiguiente, cuando salgan las cosas mal al primero que le caen es a mí y, como usted misma dice, no habrá perro que ladre porque se quedará sola hasta que pague en la cárcel los daños ocasionados por la tragedia familiar, entonces, lo mejor es que controle su lengua cuando le den los ataques de histeria y deje de echarle gasolina a la candela porque entre bomberos es mejor no pisarnos las mangueras.

Sí mi amor, tiene toda la razón y le pido excusas por las ofensas sugeridas, pero entiéndame, que cuando se me alborotan los chiros y se acalora la cabeza hay una fuerza interior que puede más que la conciencia y, estoy segura, que es pura herencia de mi papá porque cuando llegaba borracho del pueblo agarraba a machete hasta su propia sombra y gritaba que nadie lo contrariara si no querían que volara mierda al zarzo. Nosotros nos escondíamos y mi mamá, pobrecita, le daba la tembladera y se iba a dormir a la marranera hasta el otro día, en la mañana, cuando le calmaba el guayabo con un tamal, lechona y unas tres totumas grandes de guarapo.

Escúcheme Tránsito, nosotros estamos con más de cincuenta años entre pecho y espalda, el hijo hizo nido aparte con la nueva gallina y en corral propio, entonces , lo mejor es que no nos jodamos la vida y, querida señora, evitemos todas las ofensas porque , sin decirnos mentiras, juntos tenemos unos genios atravesados y, recordando, lo que acaba de decir de su taita es lo mismo que pasaba en mi casa cuando estaba chiquito y teníamos temor de la presencia de papá cuando se llenaba la cabeza de chicha como si fuera un calabazo.

Las palabras de Zacarías fueron interrumpidas por un grito de dolor de Tránsito que, de inmediato, se agarró el estómago con las dos manos y pidió que le alcanzara las pastillas para calmar la úlcera gástrica que venía sufriendo desde años atrás, fruto del estreñimiento y los cambios constantes en su estado de ánimo que, según el médico, era normal a esa edad cuando las hormonas de la fertilidad desaparecían para siempre en el reino de los hijos que solo se engendraron en los sueños.

Zacarías le alcanzó un vaso de leche y, con rostro de asustado, le comentó que las pastillas se habían agotado.

Sí. Olvidé comprarlas en el supermercado, pero los lácteos me sacan de apuros porque, entiendo, que son antiácidos y cumplen la misma función. Gracias, gracias por comprenderme. -Repitió Tránsito cogiéndole una mano a su marido para llevársela a la frente y, hacerle notar, el sudor que estaba sintiendo y reflejaba en la lividez del rostro.

Estos espasmos me duran una media hora, no se preocupe, como todas las cosas en esta vida, poco a poco, me acostumbé a los malestares y aprendí las peripecias para aliviarme. Le propongo que mientras reposo en este sofá, mi maridito lindo, va contando lo de mi hermanito y así vamos siendo felices. ¡Entonces soy solo orejas!

En realidad, la llamada del cuñado sirvió para dos cosas puntuales: la primera que la hermana se enfermara por estar llenándose de cucarachas la cabeza y la segunda que la misma hermana trapeara conmigo ventilando los cueros al sol hasta desteñir mi dignidad con desafinados gritos que vaticinan de qué voy a morir y cómo la muerte aparecerá en la soledad más ingrata y sin el derecho a la compañía de un mísero gusano acosado por la inanición.

¡Zacarías no exagere que los gusanos no entienden de problemas conyugales y tampoco mueren de hambre! Entiendo que los gusanitos mueren aplastados y pisoteados por los de arriba que, siempre, le ponen la pata encima. Los humanos son felices pisando a los de abajo.

Con la quijada desencajada y los labios moviéndose sin control, Zacarías, miró a Tránsito, respiró profundamente durante diez segundos y en un grito fallido le preguntó si lo que decía era por la alta temperatura de la fiebre o estaba obedeciendo a lo que él venía pensando desde unos meses atrás.

¿En qué está pensando desde unos meses atrás Zacarías?

¿Que qué estoy pensando? Simplemente que a mi mujer se le está corriendo el champú porque, a veces, la oigo hablar sola y, en muchas ocasiones, la he visto dándose golpes de pecho y corriendo las bolitas de la camándula de forma tan rápida que una avemaría no logra alcanzarlas.

¡La virgen santísima nos favorezca! Y le cuento, rezo mañana y tarde por usted para que nadie lo perjudique y las cosas salgan bien, asimismo, dejo todo en la voluntad de la virgencita que es la única a quien confío mis secretos y le imploro con vocación a todas horas. Nunca hablo sola, siempre, estoy

hablando con ella y, siempre, le llevo saludes de la familia. Así que se puede olvidar del champú que se está escurriendo y, mejor, siga hablando de la llamada urgente de su cuñadito.

¡Ah vaina! Si está obsesionada con esa llamada y todo consiste en que no se puede viajar cuando se tenía programado. Se debe aplazar hasta que le den permiso en el comando y, según dijo, en palabras claves por el celular, tiene que cumplir con las órdenes superiores y reportar un número mínimo de caídos en combate para ganarse una condecoración y los meses de licencia que les otorgan como héroes de la patria que se sacrifican por la defensa de los derechos humanos.

Vea hija, -le dijo Zacarías-, cogiéndole una oreja con los dedos de la mano, pensemos con cabeza fría para hacer las cosas de la mejor manera en las vacaciones del primer semestre que, entiendo era el principal afán suyo. Teníamos programado un viaje para cruzar el charco y conocer el viejo continente que, por el nombre, debe estar lleno de objetos antiguos, acabados e inservibles que, supongo, no sirven para un carajo, ni siquiera, para hacer una buena inversión.

Por eso, sin que se ofenda le propongo que salgamos a recorrer pueblos en la camioneta y nos arrimamos unos días en la casa de Medardo, mi hermano, donde hay piscina y puedo cumplir el sueño que tengo desde chiquito cuando montaba en el burrito de la casa para llevar las cantinas de la leche que se repartía entre los pocos vecinos que la compraban y, con ese dinero, se le echaba algo a la olla del almuerzo.

Siempre deseaba montar en un burro grande o sea en un caballo como los que veía pasar por las trochas de la vereda y, los jinetes, eran unos señores con sombreros grandes de color blanco y botas negras hasta las rodillas que siempre iban armados con pistolas que les brillaba la cache y, recuerdo que, pasaba horas enteras, mirándolos y soñando si, algún día, podría cabalgar como ellos y echar tiros al aire y, también, reír duro como lo hacían al ver caer una paloma torcaza que, por fin, uno de los de la cabalgata había logrado herir de muerte y, entonces, yo corría a recogerla casi destrozada para torcerle el cuello y ayudarle a morir rápido.

Después, en la casa la pelaba con agua hirviendo y la echaba a la olla con un poquito de sal y cebolla para darle sabor. Cuando quedaba solo me la comía en un rincón de la cocina y no le contaba a nadie para evitar que mis hermanos me vieran y empezaran a pellizcar su pedacito y me quedara viendo un chispero.

¡Ay mijo! Ahora entiendo la costumbre de comer solo, rapidito y sin mirar a los que están compartiendo la mesa porque, aunque se quiera ocultar, la miseria de la infancia será una carga hasta la vejez. A los dos, el destino nos unió por la desigualdad en que crecimos y la violencia que nos azotó por parte de los taitas que sufrieron los azotes de los anteriores y, mejor dicho, cada quien con su cruz a cuestras porque, a mí en lugar de pañal, me envolvían en una hoja de tamal.

Pero la virgen y diosito lindo han sido muy generosos con nosotros. Acepto el plan de viaje y, ya mismo, me pongo a alistar maletas. Lo quiero ver montado en un caballo grandote y blanco como el que tenía el llanero solitario, pero en este paseo, la que lleva las espuelas con las bridas del alazán plata soy yo y eso debe quedar bien claro, ahora mismo, para evitar discusiones desagradables en el trayecto.

La chimenea lanzaba astillas con pequeñas explosiones que se estrellaban en el recuerdo de las noches decembrinas cuando se quemaba pólvora para celebrar la navidad y los juegos pirotécnicos incitaban a mirar el firmamento iluminado que luego quedaba ennegrecido por el humo del asombro.

¡Qué fuerza tan verrionda tienen las llamas y no se necesita tanta madera! -Le dijo Medardo a Zacarías- que se encontraba absorto en los recuerdos del pueblo donde creció.

Lo noto cansado y, realmente, el viaje es muy corto. Quiere descansar o tomamos algo para calentar la noche y ponerle ambiente a esta vaina que parece un velorio.

No estoy cansado Medardo, solo recordaba los juegos pirotécnicos con los que, a la edad de cinco o seis años, me sentía feliz cuando tronaba la pólvora y parecía un tiroteo cuando se oían los triquitraques, los totes, las rasca niguas y, encantado, soñaba con llegar lejos como esos voladores que subían disparados. Ustedes, estaban chiquitos y se ponían a llorar por el estruendo de las explosiones. ¿Entonces recordamos viejos tiempos con un buen whiskey de los que compré en el último viaje?

¡Claro! No me voy a hacer el viaje para tomar agua aromática para enfermitos. -Respondió Zacarías- frotándose las manos en señal de júbilo fraterno.

Los hermanos dieron rienda suelta a las anécdotas perdidas entre los pellizcos de la pobreza, los desengaños y los juguetes hechos con las tapas de las botellas de cerveza que recogían después de las borracheras del papá cuando celebraba la llegada del mes de diciembre.

Las anécdotas evocaron el olor de las veladoras prendidas en los días de la semana santa cuando los obligaban a asistir a la iglesia para escuchar los sermones inacabables pronunciados por el sacerdote, minutos antes que, él mismo, se quedara dormido sobre la silla tallada por las manos de San José y, los feligreses en señal de obediencia, imitaran el profundo letargo del afligido orador.

La vida, Zacarías, es un carro loco sin timón que vive dando vueltas y nunca sabemos en qué curva se voltea ni en qué cuneta va a caer. Lo mejor es disfrutar el momento que se vive y el pasado verlo como algo que tenía que suceder para llegar a donde se quiere llegar porque nada se saca con llorar sobre la leche derramada.

A veces, pienso, que si hubiera seguido de celador me estaría muriendo de hambre, pero gracias a la virgen, me echaron y con los ahorros hice el primer negocio que sirvió de trampolín para muchas cosas y muchas casas como la que estamos disfrutando. Pero, Zacarías, lo más importante es gozar y consumir el licor que compran los nuevos ricos que en otra época jartábamos chicha y aguantamos el dolor de estómago, cagadera y

vomitadera tres días consecutivos, pero nos pasaba el malestar y, otra vez, a festejar en la misma totuma el siguiente fin de semana.

¿Será posible que las señoras de la cocina- gritó Medardo- nos preparen una picadita para echarle grasa a la barriga y no nos coja el trago tan rápido? ¡Entiendan que el trago es fino pero mis tripas vienen de abajo!

Estábamos pensando lo mismo-respondieron desde la cocina. Quédense tranquilos que estamos preparando manjares para que se chupen los dedos y puedan tomar hasta que les quede el ombligo como un pito. Ustedes allá sigan gozando y no se metan en nuestros oficios porque, escuchen bien, los hombres en la cocina huelen a mierda de gallina.

Caminando al mejor estilo de un banquetero con un gorro improvisado y la bandeja apoyada sobre el hombro derecho, Tránsito, colocó el menú en la mesa de centro de la sala junto a la hielera y la botella de licor que departían entre carcajadas y la euforia fraternal.

Estas viejas nunca imaginaron las dichas que están pasando y, nosotros tampoco, porque no nos digamos mentiras, Zacarías, nunca se pensó llegar tan lejos y llenos de lujos que, créame, ni sé para qué sirven tantos tenedores y cucharas porque sigo agarrando la gallina y los huesos de marrano con la mano. Nunca aprendí a usar los tales cubiertos y la mujer, de sobremesa, me da cantaleta todos los días, pero siempre, le respondo que pago para chasquear tranquilo y cancelo el recibo del agua para quitarme la grasa del chunchullo que me deja untada la jeta.

En las bandejas servidas con la picada quedó un olor a papa criolla quemada en aceite con una veintena de servilletas arrugadas y atravesadas por pedazos de palillos usados para la ocasión.

El ambiente se tornó más fiestero hacia la medianoche y las cariñosas esposas que compartieron las delicias de la mesa, se sirvieron pequeños tragos de whiskey en los pocillos donde habían tomado el espumoso vino acompañante de la comida. Cansadas de oír los cuentos de todas las reuniones se retiraron a lavar la loza y a mirar la telenovela que estaba llegando a su fin y prometía que los protagonistas volverían a ser felices en la misma cama.

La música se escuchaba en los decibeles de la embriaguez cuando se pretende entonar el falsete del intérprete que suena en el rincón de una cantina o cualquier esquina pero que, con tragos en la cabeza, navega la pasión con que lloran los guadales en épocas de sequía.

Eran pocos, realmente, los secretos entre los dos hermanos que nunca vivieron juntos, pero la ambición y el egoísmo, los mantenía unidos en el mundo donde cada uno utilizaba al otro para sus intereses.

Esas viejas se fueron a dormir y nos quedamos solos como dos champiñones -dijo Zacarías- en un tono de altivez y picardía-, mirando la copa vacía de su hermano. Páseme la copa para echarle más licor y apreciar el color que significa oro y, después a mear amarillo, porque así es esta vida, tragadera y tomadera fina para que todo vaya a caer en las aguas negras donde lavan la ropa los descamisados de la miseria.

Zacarías alzó la copa e invitó a un brindis donde prometió amor fraternal eterno y cuidar de los posibles peligros o adversidades que pudiera tener Medardo. Consternados por las palabras expresadas entre efusivos abrazos se sentaron y, cada uno, prendió un cigarrillo que conspiraba a una conversación entre el humo de los sentimientos.

Después de oír y cantar varias canciones al ritmo del cristal de las copas, Zacarías preguntó, con mucha cautela y cierto temor, quiénes eran los socios y cuándo los había conocido.

Medardo apuró la copa y, de un sorbo, agotó el contenido. Se acercó a Zacarías y, en voz baja, comenzó a relatar el día cuando conoció a un personaje que disfrutaba de las veleidades de la vida, en un casa de lenocinio que él frecuentaba meses atrás.

La damisela que tenía el cuerpo más atractivo del lujurioso lugar y encantaba con la picardía de sus comentarios, lo invitó a compartir la soledad con un médico sentado en una mesa cercana. La universitaria -le decían a la dama- nos acompañó durante varias horas compartiendo los tragos y amenizando el rato con unas largas historias llenas de anécdotas divertidas.

¿Qué hacía esa mujer en ese lugar?

Con el dinero que se ganaba en una semana pagaba la matrícula de la universidad, el apartamento donde vivía y el mantenimiento del carro. Ella sabía la mina de oro que tenía en su cuerpo y estudiaba porque levantaba buenos contactos con profesionales frustrados en la vida que habían elegido carreras con fines lucrativos y, nunca, se les cumplió el deseo de ser exitosos, por consiguiente, se metían en negocios oscuros que respaldaban con los títulos colgados en las paredes.

Así transcurrieron muchas noches, aclarando, un montón de dudas y lograr entender que ser chueco en esta vida es la manera más recta de hacer fortuna. Con la mirada perdida entre la sombra de las luces, Medardo, le insinuó un brindis que él se precipitó a consumir.

Escúcheme Zacarías, póngame mucha atención porque esta noche estamos aquí y mañana no se sabe si, aún, vivimos. Eso lo aprendí en otras noches, con otras damas y con otros doctores que estaban tejiendo la red desde varias regiones y con personalidades dispuestas a todo por un gramo de oro o por un gramo de plomo en la cabeza.

Es el camino más cerca de la ciudad de los muertos, pero con la ilusión que se llega adornado con flores artificiales y lágrimas que se pagaron en vida con los bonos exequiales, entonces, bebamos como si fuera el último trago y vivamos todos los días como si fuera el juicio final.

Esa es la verdad en este mundo del rebusque material donde se vive para tener porque el vacío que llevo en mi alma, desde niño, no lo he podido llenar con los miles de dólares que he conseguido. Lo digo limpiándome las lágrimas porque sé que no me puedo devolver, pero, es claro que, toca ser un chueco correcto, para dejarle bastante dinero a la familia y valga la pena el sacrificio.

En cualquier momento me pegan un tiro en la cabeza y ahí se acabó todo. No entiendo a Denario en sus delirios cuando dice que nació pobre pero morirá en cuna de oro y, aquí, con nuestras copas en la cabeza, ¿no es igual una bala de oro que una bala de plomo? o es que la cabeza conoce de metales, entonces, cual es la pendejada de morir en cuna de oro. ¡Valiente estupidez!

Todo saldrá bien Medardo. Lo importante es tener bajo perfil y disfrutar viajando que es como se goza y se conoce, sin importar, si se entiende lo que se dice y, tampoco, sepamos dónde se estuvo. Acuérdense lo rico que pasamos tomando esa champaña que costaba un pocotón de euros y, sabía la misma mierda, que una cerveza de esas que se jarta cualquier campesino en un bazar.

Porque hablando con franqueza a mí me importa un soberano rábano esa tal torre de Fidel y su emperador Napoleón porque, hermano, yo no pago para aprender historia y, menos, para que me hablen de la conservación del tal medio ambiente cuando, eso lo tengo claro, si quieren les pago el otro medio ambiente que hace falta con un parrandón de esos que cantan gritando traque traque traquetón quiero viejas para mí.

Al concluir estas palabras Zacarías se reclinó en el sofá y pidió una cucharita de azúcar para neutralizar el hipo y tomar un vaso grande de agua, mientras, le repetía a su hermano con voz arrastrada por los efectos del licor, que estaba bien y en pocos minutos estaría mejor porque eso se arreglaba con un talego de papas fritas o un pedazo de queso.

El hermano sacó de la nevera un pedazo de salchichón cervecero y lo partió en pedazos que compartió agregándole bastantes gotas de limón que, finalmente, consumieron con la cáscara y otro whiskey que estaba servido sobre la mesa.

Zacarías detuvo la respiración por algunos segundos y reincorporado en el sofá siguió conversando con firmeza en sus palabras y jactancia en sus actos.

Medardo, no le enseñe a su papá a hacer hijos, recuerde, que le llevo varios años y cuando usted iba yo venía. Si hay alguien que sabe jugar a las escondidas con la plata y lo quiere conocer algún día, oiga bien mijito, no tiene que esperar ese día y, de una vez, mírelo sentado frente a sus ojos porque será tan inteligente que, ni usted mismo, lo sospechó.

Espere un momento Zacarías -respondió Medardo aterrado- entonces el almacén es pura fachada y el éxito del negocio, por supuesto, es una mentira.

¡Claro! -Gritó Zacarías estirando el trago para brindar- No sea tan bobo. Ningún negocio da el dinero para sostener un ritmo de gastos que exige la forma de vivir viajando y botando la plata en una cantidad de lujos que solo sirven para callarle la jeta a los demás porque en el fondo se puede pasar la vida sin tantas maricadas y tantos riesgos porque, creo, que en algo nos ha puesto de acuerdo el whiskey y es que los entierros, nunca, llevan un trasteo en la carroza fúnebre.

En esta noche de risas y lágrimas hagamos un pacto de hermandad Medardo y prometamos por chuchito lindo que está en el cielo que de nuestras bocas no saldrá una palabra que nos delate ante los seres queridos y, menos, ante las autoridades intrusas. Para limpiar el camino hay que pisarlo y, después, que nos entierren con los secretos, pero mientras vivamos, choquemos las copas y que el cristal de estas botellas siga iluminando nuestras mentes.

Mi negocio, hermano Medardo, consiste en manejar la lavandería, como don Fortunato que era un viejito que lavaba ropa sucia y murió pobre, porque no entendió que era mejor lavar el billete sucio y ponerlo a circular bien limpio y bien planchado para darle la apariencia de una prenda nueva y, en esta vuelta, no se le debe ver ninguna arruga al cuero, tener fibra de acero y tripas de carroñero para lo que se presente.

A Zacarías le volvió el hipo y un aire de flatulencia que con los eructos recordaron el olor del salchichón cervecero y la ingesta de colesterol ofrecido para el deleite de los visitantes. Miraron el reloj que colgaba en un rincón de la sala al mismo tiempo y, juntos, exclamaron que estaba amaneciendo y, era mejor, dormir un rato para disfrutar del nuevo día.

Mañana después del desayuno -dijo Medardo- le quiero mostrar el último caballo que adquirí y nos llevamos a las viejas para complacer a Tránsito que lo quiere ver cumpliendo un sueño de niño que estaba comentando cuando entré a la cocina, pero la verdad, no alcancé a escuchar todo el cuento.

20

Esa señora está como loca y, ahora, se le ocurrió viajar a visitar unos amigos en New York como si tuviera mucha plata -dijo Félix- cuando su hermano Mesías abrió la puerta del garaje de la casa.

Si Félix, mamá me contó su plan y compré los tiquetes porque, pienso, que se merece ese viaje para que conozca otro país y se encuentre con sus amigos del alma.

Se va a gastar lo que no tiene Mesías. Todo es con tarjeta de crédito y no sé con cómo va a pagar las cuotas después. Mamá se mantiene con lo que mi papá le dejó y nunca se le ha ocurrido invertir en algo rentable. Hace todo lo contrario porque es igualita a la ralea de ella o, dígame Mesías, cuál de esas crápulas tiene en qué caer muerto.

Tiene toda la razón Félix y eso está claro, pero dígame, qué tiene que ver el viaje de mami con la pobreza de los otros. Eso es cierto, esa gentuza nunca tuvo aspiraciones de ser alguien en la vida y se dedicaron a hablar paja y a dar cantaleta con los libros como si esa joda sirviera para comprar, al menos, un rollo de papel higiénico y limpiar la basura que escupen. Es posible que estén esperando que el billete les caiga del cielo y, de verdad Félix, se siente vergüenza saber que son de la familia.

Estoy acordándome-continuó Mesías- cuando mamá hacía los almuerzos o las reuniones y los invitaba a comer porque siempre aproveché para presumir de la riqueza nuestra y, una noche, hablando con uno de esos tíos en la puerta de la cocina le mostré la billetera y le grité que, yo, con escasos doce años tenía para comprar el apartamento que quisiera y el carro que me gustara. El soltó la risa y me puso la mano en la cabeza. Me sentí ofendido y le dije que entre todos ellos no tenían el diez por ciento de lo nuestro y el miserable me contestó que entre todos nosotros no se sumaban cinco páginas leídas en un libro de veinte hojas.

Pero esos tíos miserables no entienden nada y siguen creyendo que es mejor tener educación y vivir con los bolsillos vacíos. ¡Definitivamente bruto es bruto! ¡Que sigan montando en bus y tragando arroz con huevos!

Además de miserables y lacras son unos desagradecidos y se les olvidó que, muchas veces, les regalamos camisas y chaquetas que no usábamos porque habían pasado de moda, pero, a esas bestias, les daba igual vestir bien o mal porque lo que les importaba era arroparse y no sentir frío.

Lo cierto y tenemos que ponernos de acuerdo es que el día que se muera Felisa -dijo Félix en tono autoritario- a esos crápulas no les avisamos porque no soportaría verlos cerca y, a lo mejor, pidiendo que los lleve en mi carro.

El rostro de Félix enrojeció por la ira que le despertaba la sola idea de tener que llevar el apellido de la mamá y saber que tenía parientes con las liendres de la pobreza que nunca habían tenido un carro ni un techo donde meter la cabeza.

En un momento de sosiego y para no intranquilizar a su hermano, preguntó Félix en qué estación del año viajaría y, además, sugirió la conveniencia de acompañar a la mamá en el trayecto.

¿Para cuándo están los tiquetes Mesi? -dijo Félix en tono agresivo- Insisto y no perdamos el tiempo discutiendo bobadas porque el problema no es la fecha, lo importante es cómo va a viajar y quién de nosotros la acompaña porque con lo retraída que es y sin hablar inglés, esa señora, se pierde en cualquier aeropuerto.

No creo que mami sea tan imbécil- respondió Mesías- como usted la está viendo en los últimos años. Además, pienso que entre usted y el niño consentido de papá están enloqueciendo a la señora Felisa como le dicen en forma displicente, mejor dicho, la última consigna en esta casa es todos contra Felisa que es una pobre diabla porque familia que atropella unida se enriquece unida.

Los ojos de Félix quisieron saltar contra la humanidad de su hermano que parecía asumir como defensor de la propia madre, pero dando un giro sobre el cuerpo, volteó la espalda, agachó la cabeza y haciéndose el desentendido cambió la intencionalidad de la pregunta.

Mesías mi pregunta es ¿Quién de nosotros quiere darse unas vacaciones con mi mamá y disfrutar los quince días que va a quedarse en la casa de los grandes amigos que conoció cuando estaba recién casada y mi papá no tenía sino un ternero con nuches por allá en la vereda donde se crió?

La respuesta es simple, -dijo Mesías- conmigo no cuenten porque estoy en parciales en la universidad y tengo que tomar un curso de vacaciones para adelantar materias y graduarme pronto. Entonces, se va sola con todos los riesgos o ustedes definen quién la acompaña, pero sin olvidar, lo que dije respecto al comportamiento y la forma como están maltratando a su propia madre.

En las horas de la noche Félix llamó a su hermano pequeño al apartamento donde vivía tres años atrás con su padre. Se había restaurado y decorado con el gusto del adolescente como recompensa a la sumisión y, respaldo total, a las peripecias que Denario utilizó en todas las instancias judiciales para que los fallos salieran a su favor cuando se declaró en estado de insolvencia, buscó el divorcio y ocultó dinero para despojar a la cónyuge del patrimonio familiar que le correspondía.

Durante la conversación por teléfono que duró más de dos horas los hermanos se sacaron los cueros al sol y, luego, de una airada discusión sobre el viaje de vacaciones de la madre, ninguno aceptó servir de lazarillo con la progenitora.

Felisa con una maleta entre las manos y la tristeza en el alma se subió al avión que la llevaría a visitar a sus viejos amigos. Mirando las nubes por la ventanilla soñaba con sentir el calor humano que se apagó en el hogar cuando sus hijos se entumecieron en los glaciares del mercantilismo.

21

La sonrisa de Felisa al bajar del avión que la regresaba a su país contrastaba con las inexpresivas caras de dos de sus hijos que acudieron a recibirla en el aeropuerto.

Felisa sintió el frío de los espíritus de las tinieblas y, un nimbo de incertidumbre, encogió los tejidos del alma como presagio de su tragedia.

El constante reclamo por malgastar el dinero con las tarjetas de crédito se convirtió en el punto central de las discusiones diarias con sus hijos que, por momentos, salpicaban en la memoria los tiempos patriarcales.

En el laberinto de sus recuerdos albergó la soledad y prefirió vivir su propio exilio. Sonreía con lo desconocido esquivando la mezquindad, la avaricia y la hipocresía. A los semejantes los transfiguró en espejismos y seres irreales en la realidad de sus pensamientos.

Trenzó su propio cosmos donde la salida al final era la entrada al mundo interior. Sobrevivía sobre la cresta de las olas de su destino, lejos, de los nubarrones de la tormenta familiar.

Felisa rondaba los sesenta años y había sido víctima de los embates del amor. Como la esfinge griega padeció el enigma de un animal que caminó en cuatro patas cuando niño y al ser bípedo, al atardecer, se dedicó a venerar las cosas materiales y sacarse los ojos por sus tenencias. Durante treinta y cinco años anduvo por las grietas de aquella encrucijada, tratando de entender, si era ella o era él o eran los

otros. Los tres caminos se congelaron con la escarcha de las ilusiones que le sepultaron para siempre la voluntad y las ganas de vivir.

Con un racimo de realidad Felisa convirtió su hogar en un lugar de paso de la virgen del Atolladero. El cura del barrio, tres días a la semana, acudía con un pequeño grupo de creyentes rezaderos para fortalecer la cadena de oración que los orfebres del espíritu, decían, espantaba los demonios, regresaba al ser amado, prendaba de amor al indiferente y, con un talismán que portaba el párroco sobre su pecho, se equilibraba la energía de los hogares para que reinara la armonía.

En esta cruzada de redención desaparecieron bienes materiales que convirtieron en pólizas de viaje hacia un mundo desconocido donde prometían amplios jardines, árboles frutales y una gran reserva espiritual que se adquiriría en cómodas indulgencias mensuales.

Los rituales junto al improvisado altar de la virgen ligaban los eslabones de la cadena religiosa y los partícipes llegaban con la intención de sanar las esquirlas de la soledad distraída con la magia de las palabras.

El grupo creció con la solidaridad y ayuda mutua en la adversidad. Cada noche, después de rezar el rosario, se realizaba una terapia grupal para invocar las constelaciones presentes en el nacimiento de cada individuo y, extasiados, pronunciaban entre risas y llantos las palabras que por muchos años se habían tragado y, por ende, sentían en sus gargantas un rencor que atoraba la vida y marchitaba el amor.

Todos los días a las seis de la mañana, Felisa, se tomaba un pocillo de agua hervida con limón para limpiar las arterias y expulsar las malas energías que las ilusiones le habían acumulado. Esa receta la realizaba durante el cuarto menguante y repetía en las noches agregando una porción de pelos de una barba de chivo.

Durante años, Felisa, buscó un remedo de la vida para aliviar las cicatrices que hurgaban la piel y enhebraban las arrugas que las agujas tejían con el suero adormecedor de las voces que oscilaban al vaivén de la silla, donde dormía su cuerpo, en las silenciosas horas del diario devenir.

22

De las madrigueras de la moral y el atropello apareció Denario con rostro de penitente lacerado y la petulancia del emprendedor exitoso en el sombrío mundo de los negocios.

Por fin me quité esa lacra de encima y, ahora, todo lo que gane será para mi propio beneficio, -decía Denario a sus hijos- en una reunión donde les comentó acerca del platal que había perdido pagando abogados para evadir la ley sobre la repartición de bienes.

Lo que desea un buen padre para sus hijos es que triunfen en la vida, puedan comprar lo que quieran y aprendan que con el poder del dinero se compran las conciencias, según, las necesidades del cliente. Papá, cuánto invirtió en los testigos para declarar en contra de mi mami -preguntó Benjamín- porque eran más de diez.

Sí, eran muchos, pero todos, muertos de hambre. Salieron baratos porque su único interés era ganar unos centavos por decir tres palabras frente a un señor que los interrogaba durante cinco minutos. En esos pleitos los que ganan son los abogados y esos curitas que pertenecen al santo oficio, pero -soltó la carcajada- al santo oficio de quitarle hasta el último centavo a los pendejos.

Cuando cumplimos las promesas en las basílicas bendecidas por el Santo Padre elevo mis plegarias y, juntando mis manos, rezo para que las manos de ustedes permanezcan llenas de dinero y, Dios no permita, que se casen con una mujer pobre.

Entiendan, hijos míos, que el matrimonio es una sociedad donde cada miembro aporta un capital, registrado en notaría, que garantice una vida sin necesidades y, ante todo, evitar los procesos jurídicos como el que sufrí, en carne propia, por esa miserable que intentó dejarme en la cochina calle.

Las palabras peyorativas formaron el vocabulario de los hijos que, escuchadas desde niños, reproducían para menospreciar a los semejantes y establecer el distanciamiento social que, cada día, echaba más raíces en el desierto de sus cerebros.

Nosotros estábamos pequeños cuando todas esas cosas ocurrieron, pero ahora que crecimos y aprendimos con el ejemplo, nos toca gritar a la gente para que se pellizque y tenga algo en la vida. -dijo Félix con tono autoritario-

Por mi lado y, con mi propia plata, voy a enmarcar el rejo con el que aprendimos a distinguir lo bueno y lo malo, lo que sirve y no sirve para los propios intereses y, sobretodo, para asimilar la experiencia de tantos años que, por lo menos a mí, me ha dado claridad para tratar a los pobres como lo que son y enseñarles que la miseria empieza con la actitud y querer vivir atenedos a los gobiernos de turno.

Estoy totalmente de acuerdo con Félix porque -intervino Benjamín- el billete es el que manda, el que ordena y el que jode, mejor dicho, es el dios del universo y, sin esa bendición, seríamos una bacteria a la que todo el mundo quiere escupir, pisar, quitarla de su lado y no verla atravesada en el camino.

Mientras se tenga al dios verde contante y sonante cualquiera se hace respetar, oír y sentir en el mundo porque, no nos digamos mentiras, es la única manera de pasar por encima de los otros y, la verdad, a mi lado no quiero igualados ni pobres. Para mí, la pobreza no está en la memoria porque nací rico y seguiré rico y los que nacieron pobres, de malas, porque ese no es mi problema.

Diga algo no se quede dormido como una tapia pensando en los huevos del gallo -le recriminó Denario a Mesías- despierte mijo y deje esa jeta de aburrido como si estuviera bravo porque, parece un castigo de Dios, es igualitico a la señora esa desagradecida de su mamá que para mover un pie le pedía permiso al otro. Y ahí están las consecuencias porque será pobre y desagradecida hasta que se muera.

No estoy dormido ni tengo la jeta de aburrido papá, simplemente, oigo, miro, pienso y reflexiono sobre lo que sucede a mi alrededor y me pregunto si el mundo está loco, si hay cosas más allá del dinero, más allá de la muerte y si vale la pena trabajar para morir o vivir angustiado por cancelar un préstamo o, mejor dicho, vivir buscando morir enrollado en los billetes.

¡Chino miserable! -Exclamó Denario-. Dedíquese a pensar y coma lo que comen los zánganos porque si no trabaja no trague y no me pida un centavo más y siga reflexionando sobre la herencia que, nunca tendrá de mi parte, porque no se la merece y, ahora mismo, salga corriendo a reclamar las chichiguas que le dejará su santa madrecita.

¡Chino del carajo! ¡Duerma sobre la miseria!

A veces creo -siguió diciendo Denario bajando el tono de la voz- que la plata peor invertida en mi vida fue la que pagué en los tales estudios creyendo que, algún día, se encargarían de administrar lo

que acumulé con sacrificio en la vida, pero ahora entiendo, que el estudio los vuelve inútiles y terminan hablando pendejadas de esas que, dizque, leen en los libros.

Mire Mesías, para qué le sirve pensar y reflexionar, como dice, si no tiene en que caer muerto y, menos, con qué comprar un carro o lo que se le dé la gana. Aprenda de sus

hermanos si no me quiere escuchar porque la paciencia se me agotó y sepa que, por ahora, no cuente conmigo.

Desde niño he escuchado las mismas palabras y las mismas amenazas con lo de la herencia y –contestó Mesías- todo eso ha hecho que piense lo que pienso y, no se ofenda papá, pero he leído en los libros que tanto odia, la historia de multimillonarios que han quedado en la ruina por diferentes circunstancias como, por ejemplo, gente que se suicidó cuando perdió todo por el desplome de los bancos en una crisis mundial y, les ocurrió, estando viejos y sin fuerzas para volver a empezar.

Entiendo que lo que voy a decir –Prosiguió Mesías- no les va a gustar ni un trocito pero, por lo menos, espero no ser maltratado porque maltratar a los demás se convirtió en el pan diario de nosotros y digo de nosotros porque, también, lo he hecho y he sido, a veces, más déspota que ustedes, incluido mi papá, que es el ejemplo de todos y, a muchos, les he refregado los billetes en la cara y ofendido con las palabras que aprendimos desde niños porque, todos, crecimos oyendo el lenguaje de mi papá, agrediendo a la mujer en la casa y al prójimo en todos los lugares a donde nos llevaba de paseo.

Pero, perdónenme por pensar diferente y defender el derecho a ser libre y tener sueños propios, como me enseñó un profesor donde estudié, pero según mi papá, perdió la plata por aprender que los seres humanos tienen derechos y pueden expresarse libremente y entender que nadie puede castigar a un niño porque se le dio la gana o se levantó malhumorado o porque así se forma a los machos y, juro, que si algún día tengo hijos, jamás, los maltrataré como sucedió con nosotros.

Les confieso que he pasado noches enteras reflexionando en las peleas con mi papá y entre nosotros que, gracias a Dios, somos distintos y tenemos proyectos diferentes, pero pienso, que sería mejor dedicar la vida, también, a otras cosas y no solo a trabajar y trabajar con el único propósito de tener más y más y creer que eso es la vida y la única forma de estar contentos.

No tener dinero puede ser una desgracia, pero vivir en función del billete puede ser una desgracia peor porque, la sal que corroe la sal no tiene un minuto de dulzura y, sí, cien años de avaricia con meses de egoísmo y un diario de ambición.

Hay que disfrutar los momentos que le raspamos a la vida con lo que se tenga y no caer en el hoyo de las neurosis como mi papá que nada le gusta, todo lo ofende y, de sobremesa, no le gusta perder porque su obsesión lo encegueció. Ustedes creen que con el dinero se arregla todo porque la avaricia los envileció y, ni siquiera, ven a mami postrada en una silla, sin salud, agotada, rasguñando momentos de alegría que encuentra en sus recuerdos y trata de retener en la soledad del alma.

Piensen porque, nunca se sabe el día ni la hora, a cualquiera le puede pasar lo mismo y, creo, que es mejor tener buena salud y buscar la felicidad interior para no caer en la enfermedad de acumular y acumular bienes materiales, pero siempre, con un espíritu pobre y miserable que dona obras de caridad para apaciguar su conciencia hasta que la soberbia y las vanidades humanas lo conviertan en un tarro de cenizas calcinadas entre un horno crematorio.

La mirada y el rostro tembloroso de Denario se convirtió en el silencio más prolongado y angustioso de la reunión familiar donde se juntaban dos generaciones ansiosas de expresar sus propios destinos,

íntimas desgracias y formas de otear el mundo desde las vivencias que se movían como ramas al aire en el mismo árbol.

Sin salir del asombro, estupefacto y pálido, Denario se llevó las manos a la cabeza para peinarse los tres pelos en punta de la calvicie y controlar el movimiento involuntario de los labios por la tensión nerviosa. Al rato, logró articular el bumerán de su existencia y gritó con una voz salpicada de babaza que criar cuervos no era un buen negocio porque después le sacarían los ojos.

23

La violencia que nace, crece y se reproduce en el vientre de las necesidades sociales, se convirtió en la mejor aliada de los Camacho. Desde la mórula aprendieron a convivir con una generación partidaria de la guerra y devota de la virgen de los balazos. A ella le agradecían todas las noches y rezaban el santo rosario, con la camándula bendecida en la mano, para pedirle que el manto de color azul cubriera los campos contaminados por la fiebre roja de los de abajo.

En un escondrijo perdido de la pobreza, creció la familia de Denario, cerca de las caballerizas del ejército donde el reluciente brillo de las armas alimentó los sueños para calmar las necesidades del diario trajinar por la supervivencia.

Los niños Camacho asistieron a la escuela buscando la alegría, pero al poco tiempo, toparon la violencia disfrazada de férula distribuyendo castigos y sembrando el terror con las sentencias bíblicas de caer en la olla del pecado y terminar ardiendo en la estufa del diablo por no acatar la verdad verdadera de los mayores y dudar de la existencia de Dios.

Denario recuerda con devoción al maestro que le marcó para siempre su destino y, con voz de flautín enardecido, gritaba en el salón que los libros eran la perdición de las almas porque mostraban el filo de las palabras escritas con el tridente de Lucifer que incitaban a pensar y perder la fe para alejarlos de la diestra del señor.

En tono pendenciero, recuerda, señalaba con el dedo índice a los niños atemorizados y, con la cara roja y temblorosa, vociferaba que el pecado mayor era pensar porque el diablo andaba suelto y, como era puerco, se los cargaba debajo del brazo izquierdo para producir esos embutidos que mostraban en la televisión.

Todos en la familia Camacho se arrodillaban ante el espectro conservador del látigo con la imagen de la crucifixión que, con el pasar de los años, convirtieron en la guía y doctrina de sus destinos para reproducirlos con rigor y, alaridos ejemplares, en el alma de sus generaciones.

Como la sombra alargada de sus parientes, Félix, sentía la necesidad de regañar a sus semejantes para hacerse visible y lo hacía, especialmente, con Román, su tío contemporáneo, a quien transformó en el sparring de sus propias carencias. Con él, nunca, desperdiciaba la oportunidad para recordarle los préstamos otorgados y ofenderlo por la falta de iniciativa para lograr el éxito que sus hermanos mayores pregonaban a los cuatro vientos.

Pese a la violencia verbal que pululaba en la boca de su sobrino, Román, agachaba la cabeza por el temor a perder las ayudas económicas en épocas de escasez financiera y, sumiso, se escondía en los templos a aliviar los insultos entre rezos y oraciones, mientras, le pedía a una de las once mil vírgenes que, ojalá, le rebajara la deuda de los intereses por los préstamos concedidos.

Román creció entre el asomo de la vejez de sus progenitores. Su padre tenía sesenta años y había olvidado la eficacia del rejo que, aún, pendía detrás de la puerta principal de la vieja casa construida con adobe. Estaba adornada con materas colgadas en los travesaños del alero que desprendían un aroma salido de los jazmines, pensamientos y buscanovios sembrados por las manos de las mujeres embadurnadas de ilusiones.

Al niño de la casa no lo cicatrizó el rejo formador en la infancia, pero su adolescencia, quedó ensartada en el bazar del consumismo comercial de la glotonería familiar.

Las hermanas predicaban en todos los lugares la generosidad y la caridad. Entraban arrodilladas a la iglesia y cubrían sus cabezas con un manto blanco. En las celebraciones especiales ayudaban a vestir los santos y acudían a los mercados litúrgicos con regocijo y una amplia sonrisa conventual.

La asistencia diaria a las misas de la iglesia del barrio suscitó una relación estrecha con los seres del más allá. Dorotea, presintió el llamado celestial para convertirse en empresaria de la caridad y hermana de sangre azul encargada de limpiar los pecados cometidos en la adquisición de los bienes terrenales de la sagrada familia. Poniendo una vela a cada santo obedecía con devoción la misión revelada por las voces lejanas de un paraíso desconocido donde daba vueltas, -decía- la rueda de la fortuna.

Acicalando el presente borró de la memoria el origen de su nacimiento y se alejó de los parientes pobres que, predicaba, carecían de méritos para mostrar en su nuevo círculo social porque estaban condenados a vivir marginados machacando su propio destino

Con el pensamiento carente de pasado, Dorotea, se encontró en una céntrica avenida, con un paisano conocido desde la infancia en la vereda donde nacieron y crecieron mirando las piedras de la quebrada que surtía el agua para las necesidades hogareñas.

¡Doña Dorotea que gustazo verla por estos lados! -Exclamó el intruso-.

¿Dónde nos hemos visto los dos? -Respondió Dorotea-.

Está muy joven para que se le estén olvidando las vainas o estoy demasiado viejo para que no se acuerde cuando correteábamos por entre las piedras y nos sentábamos a comer mortiños allá en el campo. -Contestó eufórico y burlón Jacinto-.

¡Ah! Sí. Ya me estoy acordando de su cara, pero perdón, -dijo Dorotea, con el rostro rojo y titubeando- que vergüenza con usted verme en esta facha y cargando talegos con mercado, pero ¡Uff! .... la sirvienta se enfermó y me tocó salir a la plaza. Imagínese mi desgracia porque esa gentuza lo atiende a una como si fuera cualesquiera. Son unos igualados incultos y, ¡qué vergüenza! no reconocerlo. Perdóneme, pero es que salí mareada con el olor tan maluco de esos pobretones que no tendrán agua en la casa y el sudor traspasa la ropa, pero cómo te dijera a usted, Jacinto, discúlpame, pero sí me acuerdo y dígame tú como están tus papás.

En el rostro de Jacinto se escondía la picaresca del buen entendedor del comportamiento de aquella persona con quien se limpiaban los mocos con la misma tusa y jugaban con la felicidad sin límites de la infancia. Sintió amargura, confusión y tristeza al escuchar el mal uso del lenguaje, pero también, una profunda y contenida ira al oír tanta discriminación hacia las humildes marchantas del mercado.

No se preocupe, mi señora Dorotea, ni por la facha ni por la mochila porque son cosas normales en la vida que, por mucho o poco dinero que se tenga, toca hacerlo muchas veces y, preciso, le tocó hoy. Pero mire, respetadísima señora, en una ciudad con tanta gente nadie sabe quién es quién y a nadie le

importa cómo viven los otros así que, tranquilícese, no se ponga nerviosa y, tampoco, se le ocurra pensar que le voy a pedir prestado para el bus o es que me nota muy mal trajeado. ¡Dígame la verdad! No, no señor en ningún momento quise decir eso y no me hagas sentir tan mal. -Respondió Dorotea un poco tranquila- Mejor cuénteme a qué se dedica y cuénteme si ha vuelto por allá a la veredita.

Yo soy profesor, doña Dorotea, y con eso me divierto en la vida porque soy feliz cuando la gente entiende el porqué de las cosas o, al menos, trata de comprender el mundo que nos tocó vivir. Pero entiendo que esa profesión no da plata y les pagan muy mal. En los noticieros dicen que se la pasan haciendo paro para que les cancelen el sueldo de los meses atrasados. Yo si no serviría para eso Jacinto. A mí me gustan las cosas concretas y los negocios rapidito, sin tantas vueltas, que produzcan sin tanta cháchara, mejor dicho, si le gustó lo compra y si no le gustó que le vaya bien que otro viene y se lo lleva.

Pero, escúcheme profesor Jacinto, durar toda la vida empleado y sacando prestado para comprar un mercado el fin de mes, ni siquiera, por necesidad lo haría. -dijo Dorotea tapándose las piernas con los talegos-.

Jacinto miró el reloj de su mano derecha y simuló buscar un lápiz para anotar el número del celular, pero con palabras afanadas, se despidió con un pequeño abrazo y, sin leer el aviso de la ruta, se subió en la primera buseta que paró en el sitio donde estaban conversando.

24

La tradición cultural de los pueblos como expresión viviente en la memoria de sus miembros celebra las fiestas para fortalecer los lazos familiares que, casi siempre, aprietan, pero poco ahorcan. Fieles a las costumbres, los Camacho, esperaban la navidad para espiar los pecados mortales con donaciones a fundaciones que escurrían los impuestos por el ducto de la caridad para evadir parte de las ganancias. Sin embargo, lo más importante para ellos era sentir alivio en sus conciencias y espantar el remordimiento tirándole una moneda al pordiosero de turno.

Cada festín en el mes de la alegría se convertía en una tarima de alabanzas donde se disputaban el cetro del reino del niño Dios y, con buñuelos y masato en la mano, cada quien se sentía el más ungido por el Redentor que, decían, traía la buena nueva de las leyes tributarias de salvación. Las plegarias daban rienda suelta a los deseos de alterar hasta las tablas de multiplicar que, ya, mostraban el rastro del gorgojo y podían estropear la imagen del pesebre o el delirio de las novenas.

Todos cantaban con sus pitos, panderetas y cantaletas la llegada de los reyes magos cargados de oro porque nadie quería saber del incienso que -murmuraban al oído- apestaba como los pañales del recién nacido.

En la casa de Medardo el pesebre era un derroche de fanfarronería, hasta tal punto, que el mismo niño Dios sentía pena ajena y para no nacer en ese portal se perdió para siempre con un grupo de pastores. La cabeza disecada del caballo que cabalgó Zacarías cumpliendo el sueño de la vida, era el atractivo de la pesebrera donde, según la creencia cristiana, vivió María y José, el carpintero.

Agradecido por los favores concedidos por el divino niño de la iglesia del veinte de julio a donde asistía a misa los domingos, Medardo, ordenó reconstruir el humilde pesebre en mármol para esconder la pobreza de los padres de Jesús y, disfrazó de pastores a varios vecinos que asistían a las novenas con ovejas esquilmadas y gallos de pelea que hacían cantar en las intervenciones del coro.

Para cerrar la celebración los pastores se ponían trajes árabes y de un aljibe ubicado en el fondo de la estancia servían, en pequeñas ánforas, todo tipo de licor para los visitantes de la noche que, ansiosos, esperaban la llegada de los magos cargados con las especias de oriente.

En las mañanas decembrinas Medardo recorría con una pequeña tula cruzada sobre la espalda, los caminos que rodeaban la hacienda y, con fajos de billetes en la mano, le sonsacaba una sonrisa enredada, entre las penurias navideñas, a los vecinos que encontraba su paso.

Durante varios años, las novenas de aguinaldo, fueron cortas para las proezas financieras y futuras inversiones que relataba, cada miembro familiar, embuchado de natilla y un agridulce postre de sobremesa con sabor a petulancia.

En los primeros días de enero la muerte de Medardo tomó por sorpresa a la familia Camacho. Algunos periódicos amarillistas publicaron en primera página que el zar del comercio había sido abaleado en un ajuste de cuentas y, otros, escribieron en columnas internas, una crónica sobre el intento de atraco a un señor, no mayor de cincuenta años, dueño de una fortuna que, aún, subrayaba el diario, se desconocía su origen lícito o ilegal.

La noticia se esparció como la pólvora entre el gremio y, rápidamente, surgieron múltiples versiones sobre el hecho sucedido a plena luz del día que, ante la mirada de un grupo de personas aterrorizadas, vieron caminar, de manera tranquila, a un joven que guardaba un arma en la cintura y había cruzado la esquina.

Con la celeridad que se enriqueció, el buen hermano Medardo, se procedió a echarle tierra al cuerpo que, un día de soberbia soleada, portó crucifijos de oro en el pecho y, una tarde sombría, se sepultó para siempre, la vanidad galopante de sus cabalgatas por la pradera de las fantasías mercantiles.

25

Las medidas financieras del gobierno de turno persuadieron a los feligreses del reino de la moneda a esconder, el legado patrimonial, en los depósitos de las aguas negras de los paraísos terrenales donde flotan los papeles que limpian los recicladores y los convierten en bonos o acciones de aguas purificantes.

El cariño a Medardo, atado con hipocresía, se recompensó en el círculo que, siempre agachó la cabeza, ante esa voluntariosa personalidad endurecida por la riqueza repentina.

Los más cercanos recibieron dádivas monetarias que limpiaron el camino oscuro del dinero del otrora millonario de la esquina, mientras, otros balancearon las pérdidas reflejadas en la cartera de crédito de sus decadentes negocios.

Aquellos que mantenían contactos en la banca de la iglesia crearon fundaciones especializadas en enfriar los dineros calientes hervidos en la olla de la perdición. Con un menjurje institucional desaparecían el rastro del pecado con bendiciones y un sartal de avemarías ajenas que, decían, diluía el dinero en las cajas de compensación espiritual que amarraban con el lazo de las almas ahorcadas en el camino del señor de los cielos.

Como ordena la cristiandad se cumplió con el novenario por el alma del difunto. Se rezaron salmos, alabanzas, jaculatorias, siete padrenuestros, siete avemarías y una hora de alabaos entonados por un coro de plañideras suplicantes encargadas de rezar el rosario para la salvación del alma de Medardo, si estaba en el purgatorio, o pedirle favores, si estaba hospedado en la morada del señor.

Cumplidos los nueve días, en extrema devoción, desapareció del rostro familiar la flacidez de los cachetes y, la mirada perdida, entre el más allá y un estado cataléptico que inspiraba tristeza y compasión.

El origen de la fortuna de Medardo despertó sospechas entre los comerciantes ricos, que recordaban sus charlas, sobre la transparencia de los negocios y la ética comercial. Durante años, algunos, denigraron de los nuevos ricos con dineros ilícitos y, otros, recitaban pasajes bíblicos donde se sugería ver la viga en el ojo propio y, después, en el ojo ajeno.

¡No hay nada qué hacer! -Dijo Zacarías- después de la misa de aniversario del primer mes de la muerte del hermano- ¿ustedes piensan algo diferente o que las cosas se queden así? Pienso que podemos demandar a los periódicos por calumnia o noticia falsa y nos ganamos un dinerito extra.

Por favor, Zacarías, no pienso en el dinero, me atormenta que quedamos como un culo porque, ahora, nos medirán con la misma vara y nuestra honradez no tendrá importancia frente a los hechos, mejor dicho, pagamos justos por pecadores y se cargará el estigma del rico ilegal, como esa señal que se pone en la frente el miércoles de ceniza. Marcados para siempre.

Lo más doloroso del asunto -continuó Denario- es que pasé la vida superando la pobreza para morir en cuna de oro, ayudé a todos ustedes, nunca me metí en negocios oscuros porque, siempre, he creído que el dinero mal habido trae la desgracia y, con la frente en alto, puedo jurar sobre una biblia, mirando a los ojos de mis hijos, que no me he robado un peso, pero con este percance, nadie va a creer en la honradez de mis palabras.

Lo mejor es- -dijo Félix- hacernos los pendejos y, por mi lado, no le voy a dar papaya a nadie para hablar del tema, menos, a aquellos que maltraté por no tener dónde caer muertos y gritarles que la familia Camacho, si quería, compraba el mundo porque les sobraba el billete. Por eso, de hoy en adelante, sálvese quien pueda y como pueda porque, entre coraje y nostalgia, no quiero saber de nadie y les deseo que vivan bien y bien lejos de nosotros.

La reunión se trocó en un espacio de tirantez donde unos y otros se restregaron los trapos que no había secado el sol en los veranos de la fraternidad y las noches cómplices cuando a borbotones se bebían el afán de la riqueza.

Los hijos de Denario se hicieron guiños hasta cuando, Denario, se dio por aludido y, discretamente, se despidió y abandonó la improvisada asamblea en compañía de sus conciliadores adolescentes.

26

Al llegar al hogar, Zacarías, le contó los hechos a Tránsito. Ella no asistió a la reunión por estar esperando una llamada de su adorado y benefactor hermano.

¡Si por allá llueve en el cuartel no escampa! Le dijo un poco alterada a su esposo mientras le quitaba los zapatos y ponía las pantuflas favoritas. Para calmar los ánimos le acercó un café caliente que rebullía con una cucharita de peltre y, en un plato pequeño, sirvió tostadas con mermelada para calmar el hambre que acosaba sin tregua.

En actitud pensativa, Zacarías sentado en el sofá, se atragantó con el último sorbo del café cuando le pidió a Tránsito que no le contara noticias malas de su cuñado porque con el rifirrafe de sus hermanos no aguantaba más.

Pero ustedes siempre salen de pelea Zacarías. En esa familia no se sabe cuál es el más engreído y, sin contarme los hechos, le aseguro que el agarrón fue por el difunto Medardo. ¡Ese pobre rico no va descansar en paz ni después de muerto! ¡Qué fastidio!

Como pocas veces en los cuarenta años de matrimonio, Zacarías, asintió la cabeza con las palabras de su cónyuge y la invitó a sentarse a su lado. Acarició las manos y sollozando reclinó el mentón en el pecho, al mismo tiempo que, con voz adolorida, decía que nunca iba a olvidar aquella noche cuando se contaron sus cuitas y con palabras premonitorias, sirviendo trago, Medardo exclamaba que brindáramos y gozáramos porque, el día menos esperado, le daban un pepazo en la cabeza y, ahí, terminaban los lujos de esta fantasiosa vida. ¡Y tenía razón, tanto sacrificio para terminar de esa manera! Dios lo tenga en su gloria.

Zacarías se quedó dormido en el regazo de Tránsito y, ella, obnubilada por la ternura, se unió al sueño inescrutable de su esposo. Las babas que, al rato, cayeron sobre el rostro de Zacarías lo despertaron y, adormilado, se limpió el rostro humedecido y le suplicó a Tránsito que le contara el asunto del cuñado.

Póngase cómodo en ese sillón Zacarías y aprenda que lo mejor para quitarse el miedo es agarrar el toro por los cachos como decía mi taita cuando estaba borracho.

Mija no le dé tantas vueltas a esa vaina y diga rapidito qué está pasando con ese muchacho.

Parece que le pidieron la carta de retiro para salvar el honor de la institución y no dañarle la hoja de vida. Así de fácil es el asunto y, el resto, es lo que se nos viene encima. Espero que haya entendido porque más claro no canta un gallo, mi adorado señor.

La sorpresiva noticia lo estremeció y, rapidito, se paró en la ventana del apartamento donde solía fumar para calmar las angustias. En menos de diez minutos se fumó dos cigarrillos.

Tránsito se sentó en una silla del comedor con una taza de café, encendió un cigarrillo y sin dejar de balancear las piernas, miró la cabeza de Zacarías que brillaba con los últimos rayos de sol de la tarde. ¡Al que Dios echó para cagado del cielo le llueve mierda! Le dijo a su esposa con voz trémula y un rostro donde las arrugas revelaban la resequedad de la tristeza. Cuando llegan las desgracias – prosiguió- aparecen una tras otra formando bolas de nieve o de fuego o de lo que sea, pero lo cierto, es que no las para nadie. Son designios de Dios y creo que así pasó en un pueblo de África donde, en un solo jalón, le cayeron siete o diez plagas y hasta el nido de la perra desapareció.

No seamos pesimistas y tampoco llamemos tragedias, mijo, porque lo último que nos puede pasar es que nos quiten la casa, pero a la final, el hijo está grande y tiene su propia familia, mejor dicho, nuestras obligaciones son pocas.

Por otro lado, hemos viajado bastante, nadie nos va a quitar lo bailado y, tampoco, nos usurparán los guayabos de las botellas de whiskey bebidas en los años de bonanza así que, mijito, la vida como llegue y, mejor, no llorar al muerto la víspera.

Mañana, se resuelve el asunto de mi hermano y pensamos cómo se enfrenta lo que la virgen de los dolores nos tiene señalado. Ella no nos va a abandonar porque se le ha contribuido con dinero para las procesiones y comprado los vestidos que lucía como la reina de las reinas en este mundo de pobreza.

En la noche, Zacarías, no pudo conciliar el sueño y dio vueltas en la cama entre sudores y recuerdos hasta que amaneció y entraron las primeras luces del día acompañadas por el canto del gallo que dormía en el apartamento, detrás de la nevera, desde que fue llevado como recuerdo del galpón del difunto hermano.

Pasado el mediodía apareció, vestido de civil, el cuñado de Zacarías. Después de un breve saludo, se quitó la chaqueta y, con afán, solicitó un trago de cualquier licor. Sin expresar la angustia, los anfitriones, le preguntaron cómo le había ido en el viaje y si, por fin, se iba a quedar algunos días o se trataba de otra visita relámpago.

El oficial se acomodó en un sillón y colocó los pies sobre la mesa de centro. Con la punta del zapato acercó un cenicero y pidió, a su hermana, un cigarrillo para acompañar el trago. Luego de un carraspeo, empezó a relatar lo que acontecía en los cuarteles a lo largo y ancho del país porque, -les dijo apurando otro sorbo de licor- en ese cuento está metido desde el soldado obligado a prestar servicio hasta el más encumbrado de cuatro soles y, esa mierda, si no la cubren rápido como los gatos, se les va a estallar en los propios ojos porque no pueden tapar el sol con esa mano negra. Sospecho que las cárceles serán los propios cuarteles y, allá, no hay cama para tanto preso.

¿Así de jodida está la vaina? -Preguntó Zacarías rascándose la calva-

Lo que les cuente es poquito cuñado. A mi comandante lo cogieron expidiendo licencias falsas para porte de armas y, al hombre, le tenían un sueldo mensual en dólares para dejar pasar, por las carreteras la mercancía, sin ser molestados por los uniformados de vigilancia.

En ocasiones ponían retenes para tomar fotos, videos y entrevistas pendejas que se enviaban a los medios para subir la imagen de la institución, pero lo más importante, era lucrarse con el uniforme puesto, ganar medallas y días de licencia por la abnegación valerosa, según, los principios de la honradez y el servicio desinteresado a la patria.

Como al hombre lo sapearon y lo agarraron en flagrancia, con los calzones abajo, se desató una conspiración contra las fuerzas armadas y, la verdad, aquí entre familia y el amor que les tengo porque, ustedes, han sido como papá y mamá para mí, pero allí no se salva nadie, todos están untados y lo que está podrido es el árbol no una simple manzana.

Claro no podemos tampoco generalizar, -prosiguió y prendió otro cigarrillo- como en todos los lados hay gente buena, honrada y no usan el uniforme para robar porque sienten el deseo de servir a la sociedad y lo portan con la inocencia de la lealtad.

En lo que conozco y, según el rumor que corre en los patios, es que los que más gritan cuando salen a dar declaraciones en los medios y hablan sobre la corrupción en la institución son, precisamente, los que están al servicio de los capos intocables y tienen alianzas con la crema y nata de la ratonera social.

Cuando estamos en el comedor viendo los noticieros, nos miramos de frente y, a veces, se dice que esos hijos de perra, perdón por las mascoticas, no sienten asco para subir la voz y gritar como Tarzán en la jungla pero que, lo peor, es que la gente guevona del pueblo sigue creyéndoles las mentiras que inventan para tapar su propia pudrición. ¡Es que son bien descarados porque saben que no les pasa nada!

Imagínense ustedes ¡Si nuestros comandantes son el ejemplo de transparencia a este país se lo llevó el mismísimo putas!

Pero entonces la vaina está muy verraca cuñado, - lo interrumpió Zacarías- porque desde que llamó a su hermana no he podido dormir tranquilo, mejor dicho, nos tocó, creo, empezar a pensar en triquiñuelas y no dar papaya. Si empiezan la cacería de brujas siguiendo el rastro de la escoba nos jodemos y, todo al piso, se derrumban los viajes, las ganancias extras o comisiones que llamamos porque, nunca, van a cuadrar en la contabilidad los sueldos recibidos con los bienes adquiridos.

En eso consiste el cuento cuñadito Zacarías y, agréguele, que mi carrera militar finalizó y para sobrevivir en este mundo cagado por el billete, tocará montar una agencia de vigilancia porque es el negocio de moda de los héroes de la patria que, al fin y al cabo, nos capacitaron para dar órdenes, disparar ráfagas a diestra y siniestra, pero, ante todo, posar de servidores honestos y leales a la constitución.

La suerte está echada y, como vamos, no sería nada raro que nos cague la paloma de la paz. Pero, escuche hermanito, -gritó Tránsito- ayer le dije a Zacarías que en el peor de los casos perdemos todo, menos la casa, que se compró con plata bien habida y es patrimonio familiar. ¡El resto que se pierda! Lo importante, por ahora, es un buen abogado para no ir a la cárcel a los sesenta y pico de años cuando tenemos la lápida pegada al culo y, por supuesto, tener oídos sordos para la lengua mordaz de los que degustarán las papilas ratificando el cuchicheo de los años cuando preguntaban de dónde salía tanto dinero para viajar tres o cuatro meses al exterior.

Pero, sinceramente, estoy preparada para lo que venga y, así, como tuve verraquera para meterme en el cuento sabiendo lo que me corría pierna arriba, ahora, no me voy a dar golpes de pecho y, ahogarme, entre lágrimas. Solo espero que no nos vengan a joder aquellos que disfrutaron de los ratos buenos, porque, le repito Zacarías, aquí con mi hermanito, lo que se gozó se gozó y lo lavado no nos lo ensucia nadie.

27

Cuando Denario y un pequeño grupo familiar se enteraron del infortunio de Zacarías se convocó a asistir a las basílicas y santuarios donde se pudiera hallar alguna señal para bendecir los bienes adquiridos con las gotas de la honradez y la mirada omnisciente de la justicia divina.

Hostigado por los fantasmas, Denario, optó por reconstruir el pasado invirtiendo en el más allá con la misma astucia que compró conciencias y estableció un mundo de lisonjas colmado de socios sin los amarradijos del afecto.

Los hijos de Denario desplegaron sus alas, desplumadas en la infancia, con la esperanza de volar sus propios sueños, más allá, de los que su padre arrunchó en la intimidad para llegar primero a billetelandia. Cumplidos los cincuenta años y, poseídos por una soberbia delirante, batallaron por la independencia, la libertad y el desarrollo de la libre personalidad para comenzar una vida de remordimientos.

El camino abrupto de la vida desvaneció las ilusiones monetarias en la mente de Denario cuando despertó, sólo, envuelto en un edredón bordado con las espinas de un cactus que dibujaron el rostro de mil figuras enzarzadas entre oropeles y políticos de todas las naciones.

Los dedos de la mano le temblaban por el frío del nuevo amanecer y, en un acto inconsciente, cayeron sobre el sombrero de copa de Abraham Lincoln, tejido en un extremo del edredón. Denario, recordó

la única película que vio en la vida donde se mostraba el asesinato del presidente por proclamar la abolición de la esclavitud y estar en contra de los guerreristas del gobierno.

Por primera vez, sintió los barrotes de su jaula de oro y, preso del terror, quiso interpretar sus propios sueños. Sospechó que la copa del sombrero era la imagen de las copas de la embriaguez que lo mantenían ahogado en un mundo de esclavitud sometido a las guerras del centavo y asfixiado por el pánico intentó levantarse cuando sintió el cuerpo tullido y las piernas insensibles. El sudor del rostro lívido opacó las lágrimas del miedo y después de una lucha, casi eterna, logró sentarse en el borde de la cama.

Al frente, en el espejo del tocador, encontró el rostro de una migaja de ser, cuyos ojos deambulaban en el estupor y el haz de las miradas se movía como las palmeras del desierto. El vértigo no lo dejaba ponerse de pie y la imagen del espejo iba y venía sobre su cabeza, en figuras simultáneas, diseminando el terror que extirpó los sentimientos entre la urna vacía de la existencia.

Sin levantarse de la cama, estiró las manos y tocó el rostro en el espejo. Le frotó la frente y, una a una, palpó las arrugas de los desatinos de la vida; por un largo rato lo miró a los ojos con desprecio y una lágrima rodó entre los dedos. Exhaló un aliento débil y, lentamente, le cerró los párpados para estrangular la verdad. Cuando le cogió las mejillas

con las dos manos sus labios se estiraron y, con voz fatigada y cortada por el dolor, un suave acento senil increpó a su imagen real.

Los espejismos, viejo Denario,- le decía- reflejan el rostro invertido de las figuras que se desvanecen, en el atardecer, cuando las sombras se estiran sobre la congoja de los seres.

-Confundido, al oír la voz del espejo resquebrajado, se mordió la lengua y su cuerpo entumecido se deslizó lentamente sobre la cama.

Quería huir de sí mismo y, una vez más, intentó ponerse de pie. El espejo lo persiguió en el lecho y, como un saltimbanqui, resurgía con imágenes incandescentes. Una sonora carcajada de los hijos, en un destello, rompió el cristal y, en el fondo, surgió la mano de Felisa abriendo los dedos en la distancia, le acarició la frente y, sonriendo, le acomodó el poco pelo que sobrevivió a los eólicos desarraigos del amor.

La fatiga de la realidad caminada en el interior de su ser, hizo que Denario durmiera tres días seguidos. Despertó cuando se abrió la puerta de la habitación y uno de los hijos le preguntó por qué estaba perdido y -en tono altanero- le reclamó por tener apagado el celular.

Perdóneme hijo, no quiero que me regañe. Por ahora, solo quiero ir a misa a hablar con Dios para que me explique si estoy vivo o muerto o, simplemente, muerto en vida. Sé que nunca conocí el amor y los hijos que tuve son dádivas que inoculó el dinero en noches de derroche y de eso, también, quiero conversar con él, a solas, porque, a estas alturas de mi vida, no creo en nada ni en nadie, ni siquiera, en el dinero que tengo y aunque se pudiera, no me lo llevaría al otro mundo porque quiero ser feliz y esa vaina no me ha dejado tranquilo un minuto pero, lo peor es, que me quitó la alegría de la risa familiar, el juego del rejo saltando en grupo, el amor sin tapujos y sin echar cantaleta por creerse dueño del mundo y de los demás pero, ahora, se lo confieso hijo, por ser engreído, medio estúpido y atolondrado por la riqueza. Por eso quiero hablar directo con Dios porque, acuérdesse hijo, que sus mismos representantes me tumbaron, aprovechándose de mi buena fe, porque el brillo de las monedas enceguece a los débiles o pendejos de espíritu y aprisiona las conciencias.

El hijo, volteó la cara hacia una ventana para limpiarse el rostro humedecido por las lágrimas. Se acercaba a los cincuenta años y, por primera vez, sintió que su papá no era un monstruo o, quizás por la diabetes, en su sangre corría algo de dulzura.

Los hijos se citaron a una reunión en la casa de Felisa. Ella, seguía acostada en el lecho soñando los sueños que rozaban su imaginario curtido por los últimos veinte años. Sentados alrededor de su enjuto cuerpo, le contaron, los delirios de Denario y la crisis existencial que le estaba amansando, parece, -dijeron al unísono- la peste de la soberbia que padeció por las vicisitudes de la vida.

El cuerpo descarnado de Felisa contrariaba la lucidez mental que, en ocasiones, valiéndose de las escaramuzas del lenguaje, manifestaba con la sonrisa, un abrir y cerrar de ojos, leves sonidos guturales y, casi siempre, con lágrimas sólidas que golpeaban las mejillas porque tenía cristalizada el alma.

Nadie conocía, a ciencia cierta, el estado cognitivo de Felisa, pero las expresiones emocionales eran la señal que todo lo escuchaba y, según el tonito, las palabras acentuadas con ternura, invocaban, una cadencia melódica en los oídos saturados con las ironías de la vida que el tiempo se encargó de conjugar en las aguas profundas de la amnesia.

Cuando Denario supo de la prolongada enfermedad de Felisa se comunicó con Mesías, insinuándole, el ofrecimiento de una serie de misas y cadenas de oración para la recuperación de la salud. También le comentó sobre sus encuentros con el espejo y la búsqueda de su paz interior como un episodio que estaba degollando su vida con los fragmentos del cristal roto de una falsa imagen de la realidad.

En las últimas noches, Denario, no se despabiló por la fiebre del oro sino por los calambres de la reminiscencia. Entre sudores delirantes alardeaba de las damiselas que elogiaban su caligrafía en los cheques y, sin sacar la cabeza del edredón embuchado de plumas, seguía gritando que en esta vida el amor se compra y se vende y que un rejo enseña más que mil palabras y que, gracias a su joroba senil, miraba mejor el suelo y evitaba verle la jeta a tanto muerto de hambre que se cruzaba en su camino.

Una grisácea mañana, Mesías, lo recogió en el apartamento para aceptar las misas y oraciones por la salud de Felisa. Durante el recorrido, Denario, recordó algunos rasgos maternos en el comportamiento de sus hijos y, le pidió, que lo llevara primero al hogar de Felisa porque quería hablar con ella a solas. Arrojaba los años mascullando la grieta de sus sueños y remendando recuerdos desde el amanecer que comprendió la ironía de vivir y se resbaló en la arena movediza del remordimiento.

Sorprendido Mesías aceleró el auto y tomó el destino del hogar de Felisa. Al llegar sus hermanos abrieron la puerta del garaje y entre sollozos alcanzaron a pronunciar: nuestra madre acaba de fallecer.

Abril 2021.